

BOLSILIBROS BRUGUERA

SS

SERVICIO SECRETO

trueque de cadáveres

ralph barby



TRUEQUE DE CADAVERES

RALPH BARBY

Colección
SERVICIO SECRETO n.º 1.220
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE SELECCIÓN



Creada para aquellos lectores que poseen nervios de acero y no temen traspasar las fronteras de lo irreal y adentrarse en un mundo desconocido, aterrador como una pesadilla, apasionante como la más increíble de las aventuras.

Depósito legal: B. 38.829-1973
ISBN 84-02-02513-7
Impreso en España — Printed in Spain
1ª edición: diciembre, 1973

© RALPH BARBY - 1973 *texto*
© JORGE NUÑEZ — 1973 *cubierta*

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona — 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o techos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección COLORADO:

838 — La larga espera de la muerte.

En Colección KANSAS:

744 — El comisario rebelde.

En Colección CALIFORNIA:

881 — Buscando a un tramposo.

En Colección BRAVO OESTE:

585 — «Colt» a sueldo fijo

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.210 — Top Secret.

En Colección SALVAJE TEXAS:

896 — Gallina City.

En Colección PUNTO ROJO:

585 — A dentelladas.

En Colección ASES DEL OESTE:

647 — Los torturados de Nogan.

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.351 — Más astuto que los coyotes.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.051 — Los rebeldes del pañuelo rojo.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

120 — La matanza del paso de Trout-Creek.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

85 — Una bala para un «Colt».

CAPÍTULO PRIMERO

ERA un día cargante en Nueva York. El cielo tenía un color plomizo oscuro, había algo de bruma y se mascaba la polución que sabía a una mezcla de gasolina mal quemada, humos varios y neumáticos.

Will Hammon pisó a fondo el freno de su «Mercedes» descapotable color plata. Las ruedas chirriaron sobre el asfalto de la Tercera Avenida, pero se detuvo justo en el paso de peatones, quedando las ruedas delanteras sobre la franja amarilla.

El gigante irlandés que vigilaba en aquel punto de la ciudad la farragosa circulación, le miró, ceñudo; no debían de gustarle los coches descapotables ni los frenazos chirriantes.

Hammon observó que el policía de la Metropolitana vestía ya el brillante impermeable de los días de lluvia, aquel larguísimo impermeable negro. Pensó que era seguro que terminaría lloviendo, quizá los meteorólogos de las emisiones radiadas se equivocasen, pero no un gigante irlandés que controlaba la circulación rodada en Manhattan. Si había sacado el impermeable, seguro que llovería.

De pronto, a su derecha, vio que se abría la portezuela de uno de los automóviles que se hallaban detenidos como el suyo, esperando que se apagara la luz roja para encenderse la verde, y proseguir la ruta sobre el asfalto de la gran metrópoli.

Se apeó una chica alta, algo delgada y muy rubia. Vestía una extraña falda, consistente en unos *mini-shorts* ajustadísimos y en él nacían cintas de varios colores. Su cuerpo se cubría con una chaqueta de piel negra, y de su cuello colgaban dos gruesos collares, con grandes abalorios al estilo *hippy*.

La chica dio un portazo al automóvil, tras decir algo que Will Hammon no entendió. Luego, rodeando el coche y sin pensárselo dos veces, tiró de la portezuela del «Mercedes» descapotable de Will Hammon, y se sentó junto a éste.

—Oye, ¿qué diablos haces en mi coche?

Alguien tras Hammon tocó el claxon, impaciente. La luz verde se había encendido ya, y el impaciente irlandés de la Metropolitana comenzó a tocar el silbato mirándole a él.

—Si no pones el auto en marcha, ese gigante con impermeable te va a colocar una multa.

A Hammon no le quedó otro remedio que pisar el acelerador y salir zumbando, con aquel rubio paquete que se le había colado en mitad de la Tercera Avenida.

—¿Qué significa esto?

—No ibas a dejar que ese tipo me llevase, ¿verdad? Es un puerco.

—¿Un puerco?

Hammon miró las piernas de la joven que, al estirarlas hacia delante y deslizarse las cintas que componían la falda, quedaron al desnudo.

—Sí, ya sabes, un burguesito de esos que creen que porque una chica les pide que la lleven hasta tal o cual sitio en su coche, tienen derecho a irse a la cama con ella.

El hombre carraspeó.

—No te muerdes la lengua.

—Tú te diriges a Brooklyn, ¿verdad?

—Pues, sí.

—Entonces, me llevas hasta Brooklyn, sólo te pido eso.

—¿Y no podías coger el Metro o un taxi?

—No tengo ni un centavo, y he de ver a una amiga que me debe cincuenta dólares.

—Cincuenta dólares no son una fortuna, pero podrás comer y cenar esta noche. Y mañana, ¿qué piensas hacer?

—¿Tú no crees en la Providencia?

—Lo siento, soy bastante práctico. Si viviera en una isla donde los frutos colgaran de los árboles, los conejos se dejaran degollar sin morderte el dedo y no hiciera frío por las noches, quizá creería más en la Providencia, pero Nueva York no es nada de eso.

—Pues yo sí creo.

—Qué bien —asintió Will Hammon con resignación, mientras enfilaba hacia el puente de Williamsburg.

—Creo que no te caen simpáticos los que no tenemos dinero. No te había tomado por un burgués.

—¿Lo dices por el coche o porque tengo cara de idiota?

—Me pareces un escéptico y algo cínico. Sí, esa mirada que tienes y esos labios no muy grandes, duros, labios de luchador.

—Mira, encanto, a mí no me tomas el pelo, así que si no te callas, te bajas.

—Hum —se quejó, molesta—. ¿Frío ante las mujeres?

—Seguro que tú no tienes padre.

—¿Padre? Vivimos en época de libertad.

—¿Libertad? Seguro que si te hubiera puesto el culo como un tomate, en más de una ocasión, no harías ahora tantas tonterías. Además, debes haber salido de algún internado para señoritas, de lo

contrario te habrías dado cuenta de que el *boom* de los *hippies* ya se acabó, así que te buscas otro disfraz para hacerte la interesante o la *snob*.

La joven torció el gesto.

—¿Me habré escapado para caer nuevamente bajo el imperio de la burguesía y el despotismo contra los jóvenes?

—Tú lo que necesitas es lavarte la cabeza por dentro. ¿Cuántos años tienes?

—Los que aparento.

—Mal asunto. Sé de un tipo que estuvo unos cuantos años en la cárcel y, total, porque alegaba que la chica aparentaba ser mayor de edad. No irás a meterme en líos a mí, ¿verdad, preciosa? ¿Te busca la policía?

—Sería divertido que me buscara la policía. Ya imagino una sirena ululando detrás de nosotros y yo raptada por un sádico que viaja en un descapotable «Mercedes-Benz» color plata.

Will Hammon pisó el freno de nuevo, deteniéndose frente a la taquilla de peaje para pasar el puente. Pagó sus cincuenta centavos y prosiguió la marcha cuando comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia.

—Nos vamos a mojar.

—Ese es uno de los grandes inconvenientes de los que escogen la total libertad. Si llueve, se mojan, pero gracias al poder del dinero, aquí hay un botoncito que se pulsa y...

Se levantó la capota del automóvil, cubriéndoles y aislándolos del exterior.

—Oye, y si no encuentras a tu amiga, ¿dónde piensas dormir?

Ella se encogió de hombros.

—Dicen que por ahí hay lugares donde dan sopa caliente.

—Ya estás bastante delgada para tomar esas sopas. Además, esos antros donde se recogían los *hippies* al caer la noche, están cerrados muchos de ellos y otros son peligrosos.

—¿Peligrosos? Qué interesante.

—No seas tonta, tú no sabes lo que es peligroso. Ahí hay una serie de criminales de la peor especie y proxenetas que explotan a las chicas. Esos tipos son los pseudo-*hippies* y los que han terminado por matar a los verdaderos amantes de la paz y de las flores.

—Qué pena, esto es más complicado de lo que yo creía. Y tú, qué, ¿vas a alguna fiesta?

—No.

—¿Estás casado?

—No.

—¿Vas a visitar a tu amante?

—No tengo amante.

—¿Es que tienes poco ligue?

—Oye, muñeca, voy a un entierro. Si te has propuesto pegarte a mí, ya sabes el destino.

—¿Un entierro? —Se rió levemente, echando su espalda más hacia atrás—. Muy original, te acompaño.

—Ávida de emociones, ¿eh?

—Yo nunca he visto a un muerto.

—A veces, la función no es divertida, pero en esta ocasión no es nada espectacular. A un amigo mío van a meterlo en el crematorio.

—Decididamente, te acompaño.

La lluvia se tomó más molesta, los limpiaparabrisas comenzaron a moverse con su monótono zum-zum.

La casa de pompas fúnebres se hallaba al este de Brooklyn, casi al final del extenso y feo barrio de la gran metrópoli. Allí, la bruma atlántica, mezclada con la del estuario del East River, era más densa.

Las pocas luces se reflejaban en el suelo mojado, y un olor a detritos emergía por las bocas de las cloacas.

Aquellas pompas fúnebres eran algo más que discretas. Tendría como máximo tres salas para velatorios y un solo crematorio.

—¿Desean algo los señores? —preguntó un hombre bajito, completamente calvo, con sonrisa pseudograde y frotando sus manecillas blancas y eternamente sudadas.

—Vengo a darle el último adiós a mi amigo.

—¿Su amigo, cómo se llama?

—John Aldrin.

—Precisamente, es el único velatorio que tenemos en estos momentos y sólo ustedes han venido a verle. De la clínica Pittman lo trajeron directamente aquí.

—Me dijeron en la clínica que mi amigo falleció a consecuencia de un ataque cardíaco.

—Sí, eso es lo que pone el certificado de defunción. Pasen, por favor.

El hombrecillo de la funeraria observó de reojo a la espigada chica con aire *hippy*; miraba su estrafalaria forma de vestir o su anatomía atractiva y altamente sensual.

Pasaron a una de las salas para velatorios. Allí había un catafalco y en sus cuatro esquinas, gruesos cirios de cera perfumada.

—Este es su amigo John Aldrin. ¿Acaso no tenía parientes?

—Pues no, que yo sepa —respondió Hammon, mientras la joven mariposeaba observándolo todo con atención, pero sin atreverse a acercarse todavía al cadáver.

Las llamas vacilantes de las cuatro velas iluminaban el cadáver vestido con un traje oscuro rayado. Hammon se acercó al cabezal del féretro y lo observó con atención. Luego, preguntó:

—¿Quién paga la incineración?

—Un anónimo.

—¿Un anónimo? —repitió la chica—. Es interesante.

—Señorita, a veces quienes sufragán gastos de este tipo son de lo más variopinto. Pueden ser los cónyuges divorciados, los amantes, amistades diversas y yo diría que en alguna ocasión el que sufraga el gasto es quien se considera culpable de la muerte del que debe incinerarse.

—¿Y en esta ocasión?

—En esta ocasión, han enviado el dinero por carta, y el remitente es un tal John Smith Brown. Como comprenderán, ese nombre puede pertenecer a millares de hombres.

Will Hammon, que había estado observando el cadáver, acercó su mano al rostro. La chica exclamó:

—¿Qué vas a hacer?

—Ejem, será mejor que no lo toque. Lo hemos maquillado un poco y...

Hammon desoyó el ruego del propietario de las pompas fúnebres y hundiendo sus uñas por detrás de las orejas del cadáver, estiró.

Ante la sorpresa de la joven y del dueño de aquel lugar, arrancó una careta dejando al descubierto otro rostro bastante distinto bajo ella.

—Este no es John Aldrin.

—Por todos los cielos, ¿qué significa esto? —exclamó el hombrecillo de la funeraria.

—Que el hombre que va a incinerar no es John Aldrin. Es a otro hombre al que usted quería convertir en cenizas de forma oficial.

—¡Yo no sabía nada, nada, se lo juro! ¡Tengo todos los papeles en regla!

—Será mejor que llame a la policía y le cuente lo que ha ocurrido.

—¿A la policía?

—Sí, eso le ha dicho mi amigo, a la policía —recalcó la muchacha.

—Bueno, bueno, tienen razón, pero esto es muy extraño y yo nada tengo que ver. Cuando el propietario de la funeraria se alejó, Will Hammon preguntó a la chica:

—¿Tienes una polvera con espejo?

—Bueno, en mi bolso llevo una. Es algo burgués, lo reconozco, pero siempre se quita una el complejo de llevar la nariz brillante.

Will Hammon tomó la polvera y la abrió. Sacó un pañuelo y limpió el espejito redondo a la perfección. Después, tomó una mano del muerto

y presionó las yemas de sus dedos índice y pulgar contra el cristal.

Arrancó una hoja de papel de su agenda y la colocó entre el espejo y el maquillaje compacto para que no se mancharan las huellas que había tomado. La cerró, dejando el papel aislante aprisionado dentro de ella y se la guardó, diciendo:

—Recuérdame que te compre otra.

—Encantada, ésta ya estaba en las últimas. —Miró al muerto y la careta arrancada y preguntó—: Y ahora, ¿qué harás con las huellas?

—Eso es cosa mía. No querrás que te cuente ahora a qué sabían las primeras papillas que me hizo tragar mi madre, ¿eh?

—Eres muy chusco y esto cada vez resulta más divertido.

Inclinó su cabeza sobre el cadáver. No estaba asustada por la situación; de encontrarse sola allí habría sido distinto, pero la presencia de aquel hombre que todo se lo tomaba con tanta frialdad y algo de cinismo, le infundía confianza y seguridad.

—Pero si este hombre está vivo —exclamó, de pronto.

—¿Cómo?

—Sí, su corazón late y de una forma muy regular.

Will Hammon se inclinó sobre el cadáver, pegando su oreja sobre el mismo lugar donde lo había hecho la joven. Luego, paseó su oreja más arriba, hasta casi las manos. Ambos levantaron la cabeza y Hammon dijo con sarcasmo:

—Si esto es un corazón, es el corazón más regular que he oído en mi vida. Además, el corazón suele estar en el pecho y no en el estómago, a menos que se trate de un aborto de la Naturaleza.

Sin pensarlo un instante, abrió la chaqueta y la camisa del muerto. Soltó el cinturón que sujeta los pantalones y los primeros botones del mismo.

La chica dio un silbido de admiración.

—Eh, que yo no voy a presenciar el *strep-tease* de un muerto.

Al fin, Hammon le dejó el estómago al descubierto. Allí había una gran cicatriz, cosida de forma muy burda.

—Menudo ojal tenía tu amigo.

—No es mi amigo y no hay cirujano que cosa tan mal, encanto. Hay que largarse de aquí.

En aquel instante, apareció el atribulado propietario de las pompas fúnebres, que les comunicó:

—El teléfono no funciona, parece que la línea está cortada.

—Pues hay que largarse inmediatamente de aquí.

—¿Por qué? ¿Qué le ha hecho usted al cadáver, qué es esa cicatriz?

—A la calle, amigo, me temo que le han metido un «bombón» de relojería en el estómago.

—¿Un bombón de relojería? —repitió, sin comprender.

—Sí, una bomba, y no sabemos cuándo va a estallar, de modo que hay que alejarse enseguida.

—¿Una bomba, eso era el tic tac?

La chica se puso pálida y vaciló, pero Hammon la agarró por una mano, y echó a correr con ella hacia la calle.

El hombre de las pompas fúnebres, asustado, les siguió hasta la acera y allí, jadeante, preguntó:

—¿Y cómo sabe que tiene una bomba? Que yo sepa, ese tipo no era árabe ni judío.

—Mi amigo Aldrin, no, pero el que ha aparecido debajo de la careta, ¿acaso sabe usted quién era?

—Pues no. Le aseguro que llamaré a la policía.

—Eso será lo mejor, y hágalo pronto, a menos que quiera quedarse sin funeraria.

—¡Mi funeraria, no pagué el último plazo del seguro! —gritó, de pronto. Dejándoles, echó a correr hacia el interior de la misma.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó la joven.

—Sólo Dios y el diablo lo saben —repuso Will Hammon, con un suspiro—. Pero aquí afuera nos estamos mojando. Ese ya se encargará de poner en regla sus papeles, nosotros nos podemos largar ahora mismo.

—¿Temes que te coja la policía?

—Muñequita, para ser una internada haces dos cosas en demasía.

—¿A saber?

—Demasiadas preguntas y demasiadas tonterías.

Will Hammon penetró en el coche, y, al comprender ella que se quedaba sola bajo la fría lluvia, se introdujo rápidamente en el «Mercedes». Cuando éste arrancaba, se produjo la horrisona explosión.

Las ventanas de los edificios colindantes a la funeraria saltaron hechos pedazos, y parte de la misma funeraria se hundió, quedando arrasada.

—Lo siento por su propietario. Si hubiera pagado su póliza de seguros, ahora no estaría mezclado entre los cascotes.

—Oye, ¿cómo te llamas? —preguntó la chica, mientras se alejaban, y al tiempo que miraba por el cristal posterior del auto.

—Will.

—Pues bien, Will, creo que esto no tiene nada de broma. Comienzo a estar asustada.

—Sí, no es ninguna broma que a un muerto le pongan por lo menos un kilo de carga plástica dentro del estómago para que, cuando estalle, no puedan reconocerlo ni mirando sus células al microscopio. Ahora, si

me dices de qué internado te has fugado, te llevaré a él, aunque me temo que cuando cuentes a tus amigas lo que has visto, te van a llamar lady Fantasía.

Capítulo II

EL jefe médico de la clínica Pittman, mientras Will Hammon encendía un cigarrillo cuyo humo aspiró hasta el último alvéolo de sus pulmones, examinó la carpeta que su enfermera-secretaria acababa de entregarle.

—Aquí está. «John Aldrin, treinta y tres años, muerte por ataque cardíaco. Obstrucción de la válvula mitral por...»

—No es necesario que continúe. Para mí es suficiente con lo de ataque cardíaco. Por el momento, no me interesa la jerga médica.

—De acuerdo. Su amigo falleció a consecuencia de un ataque cardíaco. ¿Está satisfecho, Hammon?

—¿Seguro que fue un ataque cardíaco?

—Un momento. —Comprobó la firma del certificado de defunción y, pulsando una de las teclas del dictáfono, llamó—: Señorita O'Hara, diga al doctor Evans que se presente en mi despacho ahora mismo.

—Sí, doctor —repuso la voz de la enfermera, al otro lado del dictáfono.

—Aguarde un momento, y tendrá los datos que precisa por boca del propio médico que le atendió.

—No dudo de ustedes, «doc». La clínica Pittman tiene una reputación intachable, pero es que la muerte de mi amigo ha sido digamos un poco rara.

—Hoy en día no es nada insólito morir del corazón, el cáncer o la carretera. Cualquiera de nosotros, usted y yo, esta noche podemos estar muertos por el corazón o la carretera; el cáncer da un plazo más largo, aunque suele ser bastante más doloroso.

—Entiendo.

Se abrió la puerta del despacho y apareció un médico más bien joven, alto y con una barba recortada. Vestía una bata verde, y Will Hammon hubiera asegurado que se hallaba bastante cansado.

—¿Me llamabas?

—Sí, Evans. El señor Hammon pregunta por su amigo, y tú lo atendiste. Le entregó la carpeta con la documentación.

—Ah, sí, John Aldrin. Una pena, era bastante joven. Se encontraba en un club nocturno cuando le sobrevino el ataque cardíaco. Por lo menos, eso es lo que dijo el taxista que lo trajo.

—¿Llegó muerto o vivo? —inquirió Hammon.

—Vivo, eso nos ahorró hacerle la autopsia.

—Perdone, el doctor Evans es un poco duro hablando —carraspeó el jefe médico.

—No, si no importa. Continúe, doctor Evans.

—Era un caso claro de obstrucción mitral. Le dimos oxígeno, masaje cardíaco, inyección de adrenalina, pero hubo paro cardíaco. Cinco paros en una hora y, al quinto, no se reanudó el movimiento. Tampoco hubiéramos tenido tiempo de operarle de válvula mitral, se nos habría quedado en las manos. Firmé su defunción, no obstante se le tomó una muestra de sangre para ulterior análisis y, aquí lo dice, tenía tendencia a la arterioesclerosis. Su sangre estaba sobrecargada de grasas, y había tomado unos whiskys de más, pero nada anormal, es decir, todo eso justificaba su lesión. Además una radiografía la mostró claramente.

—De acuerdo, «doc» Evans, yo no soy médico y no he venido a discutir si ustedes pudieron o no salvar la vida de mi amigo. Estoy seguro de que, de ser posible, ustedes lo hubieran hecho.

—Entonces, ¿está todo en orden? —preguntó el jefe médico, más tranquilo, apoyando su espalda contra el respaldo de la alta y mullida butaca giratoria.

—Bueno, yo traigo tres fotografías, y desearía que el doctor Evans las mirase.

—¿Se trata de una identificación? —preguntó el jefe médico.

—¿Acaso no llegó a tiempo a la incineración?

Tras la pregunta del doctor Evans, Will Hammon le puso las tres fotografías en la mano.

Este las observó con atención, y al fin separó una de ellas, diciendo:

—Sin duda alguna es ésta, pese a que cuando uno cae en un ataque cardíaco doloroso, se transfigura su rostro.

Will Hammon observó la fotografía y asintió.

—De acuerdo, «doc» Evans.

—¿Es su amigo el identificado?

Will Hammon adivinó la curiosidad en el rostro del médico y, apartando el cigarrillo de sus labios, asintió:

—Sí, es él.

—Me gustaría saber adónde quiere ir a parar, señor Hammon. Will no respondió a la pregunta del galeno, y sí hizo otra, a su vez:

—¿Quién se llevó el cadáver de aquí para trasladarlo a la funeraria? El jefe médico revisó los papeles, y en el último de ellos, leyó:

—Un empleado de la funeraria se hizo cargo del cadáver. Aquí está su firma, pero es ilegible.

Will Hammon se levantó para observar la firma, y asintió:

—Sí, es ilegible. Cualquiera podría firmar es®. Lo malo es que va a

resultar muy difícil averiguar quién se llevó el cadáver de mi amigo John Aldrin.

—Yo no lo creo así. Aquí tenemos el nombre y el número de teléfono de la funeraria. Con hacer mía llamada, nos enteraremos de inmediato —propuso el jefe médico.

Hammon se puso en pie y dijo con sarcasmo:

—No pierda su precioso tiempo haciendo esa llamada, «doc». La funeraria no existe.

—Eso no es cierto —atajó el doctor Evans—. Yo la conozco personalmente.

—No me ha dejado terminar, «doc», quería decir que ya no existe. Cuando salgan a la calle, compren un periódico, y sabrán lo que ha sido de esa funeraria.

Los dos médicos se miraron entre sí, interrogantes. Luego, los dos a un tiempo, miraron a Hammon. Fue el jefe médico quien habló entonces:

—Yo no sé lo que ha pasado, señor Hammon, pero en la muerte de John Aldrin no ha habido nada de raro ni sospechoso.

—Y yo no lo dudo, sólo que alguien escamoteó el cadáver. Me gustaría hablar con el empleado que entregó el cadáver al furgón de la funeraria.

—Acompáñelo, «doc» Evans.

—Sí, ahora mismo.

—Señor Hammon, le agradecería que no acudiese a la policía innecesariamente.

—No tema, no seré yo quien eche por los suelos el prestigio de su clínica.

A través de las dependencias, le condujeron al depósito de cadáveres. Allí, un empleado revisó la documentación.

El encargado del depósito del hospital era un hombrecillo pequeño y enjuto, con ojos de ardilla, que no tardó en recordar la entrega del cadáver de John Aldrin.

—Sí, ya me acuerdo, todo estaba en regla. ¿Ha sucedido algo?

—Sólo quería preguntarle por el hombre que recogió el cadáver.

—Eran dos, los recuerdo bien, y nuevos en la funeraria, lo comenté con ellos.

—¿Y qué le respondieron?

A la pregunta de Hammon, el hombrecillo contestó, encogiéndose de hombros:

—Uno de ellos no era muy cuidadoso, escupió incluso. Era italiano, muy fuerte y aficionado a lanzar maldiciones en su lengua natal. El otro era alto, no decía nada, un tipo que, perdóneme la expresión, parecía estar alelado o ser muy taciturno.

—¿Le dijeron sus nombres?

—No, sólo sé que el italiano dijo que este trabajo no le gustaba. Soltó alguna obscenidad con respecto a los muertos, y se llevaron los restos de John Aldrin. La gente de esta profesión, bueno, somos como los demás.

—Comprendo. Respeto delante de los parientes en pro de una buena propina.

—Algo así.

—Una última pregunta.

—Usted dirá.

—Si llegara a ver la fotografía de los dos empleados de la funeraria, ¿podría reconocerlos?

—Sí, seguro que sí.

—Bien, gracias, y ahora, disculpen, tengo prisa; alguien me espera afuera.

Dentro del «Mercedes-Benz», con la capota levantada y soportando la fina y sucia lluvia neoyorquina, se hallaba la chica que, al verle entrar de nuevo en el coche, le preguntó:

—¿Tienes medio dólar?

—Hum, no es mucho dinero el que pides —observó Will, con fingida seriedad.

—Es sólo para tomarme una hamburguesa con cerveza, tengo hambre.

—Por lo menos, en lo que respecta al estómago, eres normal.

—Cuando mi amiga me pague, te devolveré el medio dólar.

—Mira, yo también tengo hambre. Iremos a cualquier *snack*, y luego pasamos a ver a tu amiga. ¿De acuerdo?

—Correcto, Will Hammon, eres un tipo que entiende la vida.

—¿Ya has estado manoseando en la guantería?

—Si te refieres a tu nombre completo, está escrito en la licencia del parabrisas.

—Y tú, ¿cómo te llamas?

—Liza.

—¿Liza qué más?

—¿Es importante tener apellido? Creo que cada cual es y vale por lo que sea él mismo.

—Si sigues pensando así, en la sociedad en que estás metida, no tardarás en darte el tortazo, ya lo verás.

—Ah, los viejos, tan pesimistas como siempre.

—¿Viejo? —Se la quedó mirando fijamente, entre preocupado y sorprendido.

—Bueno, ya habrás cumplido los treinta, ¿no?

—Sí, pero si eso es ser viejo...

—No trataba de molestarte, Will, hay que entender la vida de forma distinta. La sociedad nos agobia, nos enjaula, hay que pedir la libertad.

—Insisto en que estás siguiendo una doctrina decadente —dijo con resignación.

—Pues yo creo en ella.

—De acuerdo. —Pasó la mano por encima de las piernas femeninas, y le abrió la portezuela—. Sal fuera.

—¿Por qué?

—Sal fuera —ordenó, seco.

Liza abandonó el coche, un tanto desconcertada. Cuando la fina lluvia le caía sobre la cabeza, él puso en marcha de nuevo el auto y dijo:

—Debes de soportar la lluvia con estoicidad diciendo: «¡Viva la libertad!». Mientras, yo me iré a tomar unas hamburguesas calientes.

Al ver que se quedaba sola bajo la lluvia, Liza corrió de nuevo hacia el coche, antes de que se le escapara.

—¡Aguarda, Will, aguarda! Todo lo de la sociedad en que vivimos no es malo, yo no he dicho tanto.

—Anda, sube.

Haciendo un giro brusco y rápido en el parking, salió de él con las luces encendidas, taladrando la lluvia, que hacía más desagradable la noche.

Capítulo III

AQUELLA mujer, más vieja de mentalidad que de cuerpo, no les recibió con laureles precisamente.

—Esa chica ya no vive en mis apartamentos, era una cualquiera.

—Señora, mi amiga era...

Liza no pudo continuar; la patrona de los apartamentos la atajó, cortante:

—Era una de esas que por veinte dólares la hora se prestan a que las fotografíen.

—Eso, por si no lo sabe, es arte.

—Arte... arte. Estoy muy satisfecha de que se largara. Si ya lo sabía yo, comenzó como modelo, y ha terminado como lo que es en realidad.

—Será mejor que nos marchemos de aquí —propuso Will Hammon. Ya en la calle, Liza se mostró furiosa.

—¡Esa mujer es una bruja! —estalló, sin poderse contener.

—¿No te has detenido a pensar que quizá ella esté más cerca de la verdad que tú?

—¿Tú también eres un puritano?

—Oh, no, pero tengo que recuperar mi medio dólar y, si te dejo suelta, ahora que tu amiga no te va a pagar los cincuenta que te debe, me parece que no voy a cobrar.

—Conque esas tenemos, ¿eh?

—Vamos, sube a mi coche. Tengo que ver a un amigo, y ya se nos está pasando la noche de un lado para otro. Sigue lloviendo, y cada vez hace más frío. No iría mal entrar en un almacén nocturno y comprarte mejores ropas que las que llevas.

—¿Y luego?

—Pues, te llevaré a mi apartamento.

—Hum... Al fin y a la postre, eres como todos, ¿verdad?

—Sí, tengo dos piernas, dos brazos, dos ojos y una mentalidad retorcida; quizá por eso voy a llevarte a mi apartamento. Anda, sube al auto.

Con un respingo que era casi un gruñidito, Liza subió al «Mercedes-Benz» color gris plata.

Pisando bastante a fondo el acelerador, sorteando a los restantes

coches que circulaban por el Manhattan nocturno, Hammon se dirigió a Queens.

Detuvo su coche frente a una casa de fotografías, cerrada debido a lo avanzado de la hora.

—Tú te vas a quedar aquí hasta que vuelva y, para evitarte la tentación, y que no terminen encerrándote por robo de automóviles, me llevo las llaves.

—¿No te fías de mí, me tomas por una ladrona?

—En realidad, todavía no sé quién eres. Sólo sé que te llamas Liza, y que eres capaz de hacer que el Dalai Lama más paciente necesite una cura de *surmenage*.

Pulsó el timbre de la casa de fotografías en forma de contraseña, por tres veces y con un espacio de diez segundos entre cada llamada. Al fin, la puerta se abrió y apareció un judío con cara de sueño.

—¿Qué diablos ocurre? Ah, si eres tú, Hammon, pasa. —Miró hacia fuera e inquirió—:

¿La chica va contigo?

—Es sólo una amiguita circunstancial.

—Te cuidas, ¿eh, granuja?

Will Hammon pensó que era preferible no explicarle a Ismael Silver lo poco que sabía de la joven y lo que llevaba recorrido junto a ella, por eso fue directo al grano:

—Te traigo un encargo.

—¿Especial?

—No, sólo se trata de identificar unas huellas dactilares.

—Eso te costará trescientos dólares.

—Con doscientos es suficiente, no me interesan demasiado esas huellas. Ismael Silver arrugó su pronunciadísima y aguileña nariz.

—Si no te interesa demasiado, ¿por qué estás dispuesto a pagar doscientos dólares?

—Quizá para comprobar si tus servicios son tan buenos como andas pregonándome siempre.

—Eso me huele mal, Hammon. ¿Qué te traes entre manos?

—Tú siempre me das los datos que te pido respecto a huellas dactilares. Me aseguras que tus filtraciones dentro del departamento policial de huellas dactilares es bueno, y yo quiero comprobarlo.

—¿Cómo?

—Quizá dándote las huellas de alguien a quien conozco de antemano. Si tú me das bien el resultado, es que tus servicios son buenos. Si no me das el nombre que espero, ya no confiaré nunca más en ti.

—Eh, aguarda, aguarda, tú eres un Maquiavelo. Si te interesa

comprobar si los datos que te doy son buenos o no, ¿por qué me lo dices de antemano?

—No lo sé. —Se sonrió cínicamente, agregando—: Puede que sea porque me gusta jugar con las cartas boca arriba.

—Me parece que me estás tomando el pelo.

Will Hammon sacó de sus bolsillos la polvera, y la abrió, quitando el papel que había entre los polvos y el cristal.

—Aquí, en el espejo, están las huellas dactilares que quiero que identifiques.

—¿Muy claras o circunstanciales?

—Creo que están bastante claras.

—Ahora lo veremos.

Con sumo cuidado, el judío, que además de la fotografía utilizaba otros sistemas para engrosar su cuenta corriente, buscó un pulverizador de dióxido de manganeso, que aplicó sobre las huellas. Después, pasó un cepillo suave, y las huellas dactilares quedaron bien perfiladas.

—En efecto, son muy claras. Podremos hacer bastante, es decir, no me costará demostrarte que mis servicios son efectivos.

—Mañana pasaré por aquí para recoger el informe.

—Son ciento cincuenta por adelantado.

—La mitad son cien. Si no te interesa, me llevo las huellas.

—Oh, no, espera. Como se trata sólo de una comprobación, acepto esos cien, aunque yo tendré que pagar más de cien por la filtración. Pierdo dinero y mi precioso tiempo.

—No llores, que si de verdad perdieras, no estarías aquí aguantándome.

Tras pagar los cien dólares, Will Hammon regresó a su automóvil. Liza bostezó ostensiblemente.

—¿Qué hay que hacer ahora?

—Bueno, como no tienes dónde pegar un ojo, y tampoco un centavo, te llevaré a mi apartamento, como te he dicho antes.

—Supongo que estoy perdida, ¿verdad? La tragedia se ceba en mí.

—Por favor, Liza, esta noche no me interesa oír ningún drama shakesperiano. Ahora, los dos tenemos que descansar; mañana me espera mucho trabajo.

—¿Para seguir buscando a tu amigo que no era tu amigo?

—Sí, es un asunto que me intriga y me interesa.

—¿Por qué no se lo cuentas a la policía?

—La policía estará investigando entre los restos de los cascotes de la funeraria, y sería muy difícil convencerles de lo que pasó allí.

—A lo peor pensaban que nosotros habíamos puesto la bomba.

—Sí, y luego nos condenarían a la perpetua, ya que la silla eléctrica

está en desuso.

—Bueno, es mejor que no me lleves a la policía. Me crearías problemas y te los buscarías tú, porque yo juraría que me has raptado. Eso es un delito muy grave, ¿verdad?

—Tanto, que me dan ganas de dejarte con las posaderas pegadas al húmedo y frío asfalto —gruñó Hammon, pisando a fondo el acelerador.

Su apartamento se hallaba en el corazón de Manhattan; era pequeño, pero muy confortable.

Liza se hizo la remolona para entrar. Will Hammon le mostró la cama y dijo:

—Puedes descansar ahí; yo lo haré en la salita, en el sofá.

—¿Seguro que no intentarás nada, cuando esté dormida?

—¿Y por qué iba a intentar algo cuando estés dormida? —preguntó el hombre, mientras se quitaba la chaqueta.

—Ah, no lo sé, quizá porque ahora podría defenderme y gritar pidiendo auxilio; también porque hay algunos sátiros que las prefieren dormidas.

—Menudas historietas leerías en el internado —rezongó.

Se acercó a un cajón del mueble audiovisual en el que se hallaba la televisión, el tocadiscos, la radio y el magnetófono, y de él sacó una pistola «Kruger». Le puso el cargador y se la entregó a la chica, mientras daba un bostezo.

—Anda, duerme con ella. Si me despierto, me pegas un tiro. Pero ahora, por favor, déjame dormir. Mañana ya pensaré en qué parque te puedo abandonar.

—¿Como si fuera un bocadillo en una papelería? —se enfureció.

—Por favor, tengo sueño.

Hammon bostezó ostensiblemente, y procedió a quitarse los zapatos.

En aquel instante, la mirada de Liza se transformó y, empuñando la pistola automática, apuntó con ella por encima del sofá a la cabeza de Will Hammon que, apoyado en un almohadón, se disponía a conciliar el sueño.

Capítulo IV

CUANDO Will Hammon despertó, tuvo la desagradable sorpresa de ver que no estaba solo, y no era precisamente la bella y joven Liza la que se hallaba a su lado. Ella le hubiera acariciado, quizá, pero la mano que tenía encima le zarandeó, y no con buenos modales.

—¡Eh!

—Hola, Hammon.

Había dos hombres en la salita. En apariencia, no estaban armados, pero, tras parpadear y cuando brincó en el sofá, uno de ellos, algo maduro y con mirada fría, sacó una «Browning» de la sobaquera y le apuntó con ella, sin vacilar.

—Será mejor que se siente en el sofá, Hammon. Dio un respingo y luego sonrió. Bostezó y preguntó:

—¿A qué se debe tan agradable visita?

—Sólo queremos hacerle unas preguntas, Hammon.

—¿Unas preguntas, sobre qué? Por cierto, todavía no tengo el gusto de conocerles. Por sus ropas, parecen tipos respetables, pero a más de uno lo llevaron a la cámara de gas, habiendo usado ropas elegantes.

—No se haga el gracioso, Hammon —gruñó el que tema más cerca, y que acababa de encender un cigarrillo—. ¿Dónde está Douglas?

—¿Douglas, quién es Douglas?

El que tenía detrás del sofá lo agarró por el cabello y tiró de él con violencia.

—No se haga el gracioso, este asunto es muy serio, y le conviene responder a nuestras preguntas.

—Le aseguro que no tengo ninguna intención de hacerme la depilación capilar, así que suélteme el pelo.

El hombre que se hallaba tras el sofá le soltó, mientras el otro seguía apuntándole con su «Browning». Por la forma de usarla, Will Hammon estaba seguro de que un arma no era nada extraño para él. Sabría jalar el gatillo si le convenía hacerlo.

—¿Dónde está Douglas?

—Insisto en que no sé quién es Douglas, y tampoco quiénes son ustedes. Y luego dicen que soy un buen «free-lance»...

—Usted es un sabueso de las noticias, Hammon, pero nosotros somos sabuesos de hombres.

—¿Debo de entender que son policías o acaso hampones?

—No se haga el desentendido. Douglas es el propietario de las huellas digitales que trata de identificar.

—Ya nos vamos entendiendo. De modo que el judío ha dado el chivatazo.

—Ningún judío ha dado el chivatazo —corrigió el que sostenía la «Browning»—. Sólo que nos hemos enterado de que alguien estaba tratando de identificar las huellas de Douglas.

—¿De modo que el tipo que yacía en la funeraria era Douglas?

Los dos visitantes de aquella amanecida, que aún no había dejado paso al sol, se miraron entre sí, pero en aquel instante surgió la sorpresa para ellos.

En la puerta de la alcoba apareció Liza, con la automática que le había prestado el propio Will Hammon.

—Todo el mundo quieto, o disparo.

Los dos hombres quedaron sorprendidos, y el de la «Browning» vaciló.

—Tengan cuidado, ella les va a volar la cabeza. Carece de toda responsabilidad — advirtió Will Hammon, socarrón, al tiempo que brincaba, pasando por encima del respaldo del sofá.

De un manotazo, apartó al tipo que le había tirado del pelo y, al llegar junto a Liza, le tomó la automática.

—Gracias, encanto. —Cogió la «Kruger» cuidadosamente, sin dejar de encañonar ni por un momento al que Sostenía la «Browning».

—¿Son ladrones? —inquirió la muchacha.

—No sé qué son, sólo sé que buscan a un tipo llamado Douglas.

—¿Y quién es Douglas, un amigo tuyo?

—No, encanto. Creo que Douglas es el sujeto que se desintegró en la funeraria.

—¿Que se desintegró en la funeraria? —preguntó el de la «Browning», guardándose el arma de nuevo en la sobaquera.

—Creo que no son ustedes del hampa. Vamos, identifíquense.

Resignados, ambos sacaron sendos documentos, que mostraron a Hammon. Sin soltar la automática, Will se les acercó.

—¿FBI y Military Police? —Frunció el ceño, observándoles interrogante, al tiempo que bajaba el cañón de la pistola, dejando de apuntarles.

—¿Son de la policía? —preguntó Liza.

—Sí, encanto, de una policía muy especializada, del FBI y de la Military Police. —Les miró directamente, y preguntó—: ¿Ese Douglas es un fugitivo?

—¿La chica qué es de usted, Hammon?

—Una amiga —repuso la propia Liza.

—Bueno, lamentamos estropearle el encuentro, pero ella debe largarse.

—Yo no me largo, le he salvado la vida a Will —corrigió, enfática.

—No será tanto, encanto. Esos dos no querían matarme, sólo charlar conmigo, aunque no han utilizado buenos modales.

—Ajá, después de jugarme la vida, encima despreciando mi heroísmo; porque te juro que tenía más miedo que cuando la bomba de la funeraria.

El hombre del FBI, muy grave, se dirigió a Hammon:

—Este asunto es *top secret*, de modo que la chica no puede oírlo. Es mejor para ella y para todos.

—De acuerdo. Ya lo has oído, Liza, a la ducha.

—¿A la ducha? —repitió, perpleja.

—Sí, hay agua caliente y corriente. No te digo que te haga falta, pero una ducha siempre adelgaza, claro que tú estás muy bien de línea. —La empujó hasta el cuarto de baño, pese a las protestas de ella, y le pidió—: Dame la ropa.

—¡Crápula!

—No, si sólo es para que no la mojes.

—Con una condición —advirtió ella, desde detrás del cristal.

—¿Cuál?

—Que luego me cuentes lo que pasa. Esto parece muy divertido.

—De acuerdo, dame la ropa.

No tardó prácticamente nada en desvestirse; llevaba muy poca ropa. Luego, se escuchó el ruido del agua, y Will regresó a la salita, con la ropa de ella en la mano.

—Cayéndole encima el agua de la ducha, no oírás nada, de modo que pueden hablar con tranquilidad.

El hombre del FBI se dejó caer en el sofá; el otro permaneció en pie, y ambos se veían muy preocupados.

—Hammon, estamos muy inquietos por Douglas.

—¿Es agente de la Military Police o del FBI?

—Del FBI —concretó el hombre de la MP—. Pero en este asunto trabajamos los dos equipos unidos. Es un asunto de vital importancia.

—Pues si las huellas que yo tomé corresponden a ese Douglas, no cuenten con él.

—¿Qué ha ocurrido en esa funeraria? —interrogó el hombre del FBI.

—Eso mismo se estarán preguntando, a estas horas, los agentes de la Metropolitana. La funeraria de Brooklyn ha estallado en mil pedazos. Sólo queda de ella un montón de cascotes, y dos cadáveres seguramente pulverizados bajo ellos.

—Lo que usted dice es muy grave —gruñó el hombre de la MP.

—Sí, yo había ido a ver a mi amigo, antes de que lo incineraran...

Contó lo sucedido, mientras oían como fondo el ruido de la ducha que estaba remojando a la atractiva Liza.

—¿Y dice que en la clínica Pittman no sabían nada de los dos hombres que se llevaron el cuerpo? —preguntó el federal, tras escuchar el relato.

—No, no sabían nada de ellos, y es fácil deducir que cambiaron un cadáver por otro porque no deseaban que se encontraran restos del cuerpo de su agente. Por consiguiente, el cadáver de mi amigo John Aldrin tiene que aparecer por alguna parte.

—Sí, pero lo que más interesa es saber dónde están quienes han hecho ese trabajo sucio para despistarnos.

—Óiganme, caballeros, será mejor que me expliquen cuál es, en realidad, el problema.

—¿A un periodista? Sería un suicidio —gruñó el hombre de la MP.

—¿Un suicidio para ustedes?

—No, para usted. Se le escaparía alguna noticia, reventaría por contarle al mundo, y correría la misma suerte que Douglas.

—Sé cuidarme solo, y ya que estoy metido hasta el cuello de este asunto, mejor me aclaran la situación. ¿Qué buscaba su agente Douglas?

Los dos agentes se miraron entre sí, dubitativos. Al fin, el federal opinó:

—A Douglas podían conocerlo, pero si investigara alguien que no pertenezca al FBI ni a la MP, quizá consiga algo. ¿No le parece, Landon?

—Sí. Después de todo, si lo liquidan, sólo será un periodista menos.

—Hombre, gracias; ni que yo fuera el escarabajo de la patata.

—Veamos las cosas con claridad, Hammon. ¿Hasta dónde está dispuesto a llegar en este asunto, comprometiéndose de antemano a no publicar nada de lo que sepa?

—Bueno, yo soy un periodista nato, y vivo de ello. Algo tendré que publicar, si hay noticia, claro.

—Al final de todo, quizá sí pueda tener un noticia que lo haga famoso de golpe, pero a lo peor no lo tiene, correrá ese albur.

—Correr un albur es divertido. Nunca me ha gustado lo seguro, me resulta aburrido.

—Está bien, Hammon, vamos a confiar en usted, y también le ayudaremos a encontrar a su amigo.

—Al parecer, mi amigo sólo tenía mi dirección en su cartera. Por eso me avisaron desde la clínica Pittman.

Pero alguien pagó la funeraria, y ese alguien es el culpable del trueque de los cadáveres y, por supuesto, el asesino de Douglas, quien

debía de tener preparado el mejor ataúd y, sin embargo, no llegó a usarlo. La carga plástica que le metieron en las tripas era lo suficientemente grande como para no dejar ni rastro de él.

—¿Conoce al general Kowert? —preguntó el federal.

—¿Y quién no? Sólo se habla de él en la *high-life*.

—Me refiero a si lo conoce personalmente —insistió el federal.

—Hace tiempo, cuando regresó de Vietnam, le hice una entrevista. Es un sujeto muy dinámico, lleno de energía, y yo diría que demagógico.

—Bien, pues escuche lo que vamos a decirle sobre él.

El hombre de la MP se sentó también en el sofá, y Will Hammon quedó entre los dos hombres de la ley. No cabía duda alguna de que el asunto era *top secret*, y se dispuso a escuchar con atención, mientras seguía oyéndose el rumor de la ducha tras ellos.

Capítulo V

LIZA asomó su cabeza por encima de la puerta de cristal de la ducha y gritó:

—¡Estoy arrugada, no tengo piel de sirena!

—Ya puedes salir —le respondió Hammon.

Ceñudo, con la ropa de Liza en la mano, se hallaba sentado en el sofá, de espaldas a la habitación a la cual daba el cuarto de aseo.

—Bien, parece que esos dos ya se han marchado.

—Sí, y el sol ha salido.

De pronto, Will salió de su abstracción y, mirando la ropa femenina, se revolvió de inmediato para observarla. Ella le sonrió con picardía.

—¿Creías que estaba desnuda?

—Veo que mi pijama te cae algo grande.

—Es suficiente como para no colorear tus ojos de un rojo intenso.

—Hum. Toma tu ropa, he de irme. Por cierto, no iría mal que te compraras ropa.

—No tengo ni un dólar.

—Ya pagaré tu cuenta.

—Mejor me llevas contigo, y escojo ropa a tu gusto. Después de decirme que estoy desfasada con lo de los *hippies*, me siento confusa y aturdida.

—De acuerdo, pero yo tengo que hacer.

—Te acompañaré.

—Por todos los diablos, ¿es que no me vas a dejar solo? —se exasperó.

—Después de hacerme arrugar dentro de la ducha, ¿vas a abandonarme ahora? —Se tapó la cara y empezó a sollozar.

—No fastidies. Y luego dice que no es una cría.

—¡Me suicidaré, y tú serás el responsable!

—Oye, encanto, cuando me digas de dónde te has escapado y quiénes son tus padres, arreglaremos tu situación. Ahora, ponte esas cintitas que tú llamas vestido, y vámonos.

Se acercó al hombre, y lo abrazó colgándose de su cuello.

—Gracias, Will, gracias, sabía que no me abandonarías.

—Qué remedio. Supongo que un psiquiatra me diría que tengo los

mismos síntomas que una solterona menopáusica, que quiere y no puede desprenderse de su gato.

—Seré más mimosa que una gatita, si tú lo quieres, Will. Eres el hombre más interesante que he conocido. —Le arañó la nuca, introduciendo sus uñas entre los cabellos cobrizos del hombre.

—Vamos, vamos, no pierdas tiempo. Vístete, tengo prisa. Ella tomó la ropa y le pidió:

—No te vuelvas.

Will Hammon carraspeó y, tras él, Liza se quitó el pijama y se vistió, mientras preguntaba:

—¿Adónde vamos a ir?

—¿Te parece bien a la Morgue?

—¿La Morgue?

—Sí, eso he dicho.

—Eres el tipo más original que podía haber encontrado en mitad de la calle. Me llevas de la funeraria al hospital, y luego a la Morgue. ¿Iremos después a la cámara de horrores de madame Tussaud?

—No, encanto, quizá vayamos al cementerio, pero con los pies por delante.

En el «Mercedes-Benz» descapotable color plata, se dirigieron a la Morgue, y allí les atendieron bien. Will Hammon buscaba algo concreto, algo que le habían advertido estaría allí, en uno de los cajones frigoríficos.

—Aquí lo tiene, señor Hammon —dijo el empleado, abriendo el cajón.

El cadáver estaba tapado con una sábana y, antes de descubrirlo, Will pidió a Liza:

—Vuélvete, puede que sea algo desagradable.

Efectivamente, era desagradable. Aquel rostro sólo era una masa informe.

—Creo que va a resultar difícil su identificación, señor Hammon. Las yemas de los dedos también le han sido quemadas con un soplete, al igual que la cara. Lo han encontrado esta madrugada flotando en los muelles del East Side, desnudo y sin documentación ni nada que lo identifique. Cada día nos llegan hombres, mujeres e incluso niños asesinados, pero casos así, sólo de vez en cuando. Sin embargo, tenemos confianza en que, a la larga, lograremos su identificación.

—Yo puedo proporcionarles un dato.

—Eso está bien, el departamento de identificación le estará muy agradecido.

—Mi amigo John Aldrin tenía una fractura espiroidea en el fémur derecho, con un clavo de platino de sujeción. Se rompió la pierna en el ejército, y allí tendrán sus radiografías, que pueden contrastar con las

que ustedes obtengan.

—Magnífico, primero lo pasaremos por rayos X, y luego le tomaremos radiografías para compararlas con las del ejército, y así será una identificación segura y sin problemas.

—De acuerdo.

El cadáver fue llevado hasta una mesa de rayos X y, a través de ellos, se pudo comprobar que, efectivamente, el cadáver tenía una fractura espiroidea de fémur con un clavo de platino de sujeción.

—Magnífico, señor Hammon. Ahora, la policía podrá...

Hammon y Liza ya no estaban, habían desaparecido en medio de la oscuridad.

Poco después, el «Mercedes-Benz» se alejaba de la Morgue y, una hora más tarde, Liza asomaba por la puerta de un probador, vistiendo unos ajustados pantalones con chaleco y blusa de distinto color.

—¿Te parezco bien así, Will?

—Señorita, el caballero que iba con usted ha pagado la factura y se ha marchado —le dijo la empleada.

—¡Maldita sea, es un canalla, un canalla! La empleada suspiró.

—Todos los hombres son iguales, pero nos hacen una falta bárbara, y ése era de los que la atontolinan a una. ¿Desea algo más, señorita?

Liza soltó un gruñido y, mordiendo las palabras, espetó:

—No se librará de mí tan fácilmente.

* * *

El general Kowert se hallaba en la tarima, presidiendo la formación de militares de las distintas armas de los ejércitos norteamericanos.

El campamento era ultrasecreto, y ni los propios hombres que se adiestraban allí en régimen especialísimo, sabían dónde se hallaban.

—¡Todos vosotros habéis sido escogidos uno a uno, los mejores entre los mejores!

¡Tenéis el espíritu militar por encima de cualquier otro sentido o sentimiento! —arengaba el general Kowert con ardor.

A su lado estaba el capitán Tracy, de los «Boinas Verdes», con multitud de medallas en su pecho y una mirada dura como el hielo.

—¡Estados Unidos de América es la nación más fuerte que ha existido jamás! Tenemos la obligación de dominar el mundo y terminar con todas las guerras. ¡Crearemos una raza nueva de hombres! Varios han sido los imperios que a lo largo de la historia han tratado de conseguir la victoria total y, pese a estar a punto de alcanzarla, no lo han conseguido. Nosotros sí podemos, en nuestras manos están las armas más destructoras nunca inventadas por el hombre, y ya toda la

Tierra sería nuestra si los hipócritas políticos nos hubieran dejado actuar, esos políticos que escogen mandos militares blandos para gobernar nuestros ejércitos. ¡Los políticos sólo son buenos para los países débiles que deben de medrar, no para nosotros, los fuertes, que somos humillados cuando podríamos aplastar a cualquiera que se nos opusiera! ¡Es cierto que existen naciones poderosas, pero si actuamos por sorpresa y con rapidez, podremos arrasar sus efectivos bélicos y se someterán, a menos que deseen ser aniquiladas, porque emplearemos todos nuestros poderes para acabar con cuantos se opongan al imperio norteamericano!

Hizo una pausa, y el capitán Tracy aprovechó para gritar:

—¡Viva el general Koweit, viva el general Kowert!

Al unísono, los doscientos hombres allí congregados, corearon con voces roncas el nombre del general. Este se sentía satisfecho ante el fanatismo de aquellos hombres escogidos con minuciosidad.

—¡Nosotros limpiaremos la Casa Blanca y sacaremos a puntapiés a todos los blandos que están criando callos en sus posaderas dentro de los despachos del Pentágono!

¡Constituiremos una nación fuerte, totalmente militar, que cuidará del orden mundial, mientras los demás nos aprovisionarán de cuanto necesitemos! ¡Tengo confianza en vosotros, sois los elegidos para dar los primeros pasos, y la hora llegará pronto, cuando tenga la absoluta certeza de que unos cuantos generales y almirantes que ahora comandan las tropas en activo se inclinarán por nuestra causa! En ese preciso instante, nos apoderaremos del gobierno de la nación, y todos los políticos serán barridos como hojarasca otoñal.

Se repitieron los vivas al general Kowert cuando un pelotón, llevando a un soldado con las manos esposadas a la espalda, apareció por una de las puertas que conducían a los sótanos, puesto que la mayor parte de las dependencias del campamento eran subterráneas. Exteriormente sólo podía ser identificado como una extensa franja de tierra, nada más.

—¡Lewis Hardy Onell! —gritó el general Kowert, en medio del intenso silencio. El interpelado y escoltado soldado se lo quedó mirando—. ¡Fuiste escogido para la más grande causa llevada adelante por Estados Unidos de América, después de nuestra gloriosa Independencia, pero has tratado de desertar y poner en peligro la vida de todos sus compañeros, por ello has sido condenado a muerte!

—¡Está loco, loco, no le hagáis caso! ¡Es un esquizofrénico, un dictador, que puede destruir todo el planeta, si consigue apoderarse del poder! —gritó Lewis H. Onell.

Más los allí reunidos no pestañearon siquiera, y el condenado fue empujado hacia un árbol.

El capitán Tracy sacó una lista, y comenzó a nombrar a los soldados

que formarían el pelotón de ejecución, y no hubo vacilación alguna.

Poco después, se situaron ante el reo que no había tenido otro tribunal militar que el propio general Koweit, con su idea fija de dominar toda la Tierra por las armas.

—¡Fuego! —ordenó el capitán Tracy, brazo derecho del general Kowert.

La descarga sonó cerrada. Lewis H. Onell, el único que se había percatado allí de la locura de un hombre que podía llevar al desastre a miles de millones de seres humanos, cayó segado por las certeras balas.

—¡Así mueren los traidores a nuestra causa! —gritó el general Kowert.

Después, saludó militarmente a sus hombres, y abandonó la tribuna para dirigirse hacia un falso desnivel del terreno. Era una red con arbustos artificiales que, al levantarse, dejó al descubierto un modelo muy avanzado y veloz de helicóptero, al que subieron el general Kowert y el capitán Tracy, dejando allí a los oficiales que comandaban el campamento militar ultrasecreto, donde dos compañías completas de, en el terreno militar, casi superhombres, se entrenaban concienzudamente para limpiar Washington de «politiquería humillante», según su jerga.

El helicóptero se elevó en el aire y, mientras se alejaba, se distinguían menos los soldados. Bajo ellos sólo aparecía una simple e inofensiva franja, que no llamaba en absoluto la atención, pero que se hallaba altamente vigilada. Nadie podía acercarse a ella sin ser detectado por los medios electrosensores o por el medio centenar de perros altamente adiestrados.

—Esto va perfectamente, capitán Tracy.

—General, lo conseguiré, todos estamos seguros de ello. Los que le quitaron el mando, acusándole de excesiva dureza militar y de desobedecer las órdenes del Congreso y del presidente, se arrepentirán de ello.

—De eso puede estar seguro, capitán Tracy. Tengo mis despachos en las *suites* del Waldorf Astoria de Nueva York, y no en el Pentágono, pero los barraré. Sólo me hacen falta unos cuantos altos comandantes en jefe, oficiales generales y almirantes, que comprendan lo que trato de conseguir. Después, el mundo será nuestro. Roma no pudo y tampoco Napoleón ni Hitler, pero nosotros sí podremos.

Sonrió a sus propios sueños, mientras el helicóptero cruzaba el cielo a gran velocidad.

Capítulo VI

EL médico militar, sentado frente a Will Hammon, que había ido a su consulta, le explicó con el *dossier* abierto que tenía delante:

—Su amigo John Aldrin estaba de baja del ejército a causa de su lesión cardíaca, de la que venía tratándose hace tiempo. Utilizaba esta consulta por tener derecho a ella, y resultarle absolutamente gratuita.

—¿Y había un peligro inminente de muerte, a causa de su cardiopatía? A la pregunta de Will, el capitán médico hizo un gesto ambiguo.

—Cualquier cardiopatía es susceptible de provocar una muerte súbita, aun en el caso de cardiopatías apenas detectadas. Depende del lugar donde se produzca el paro cardíaco y del tiempo que las células cerebrales se queden sin riego sanguíneo.

Will Hammon observaba a la enfermera que, sentada también tras una mesa, repasaba fichas. Era una mujer con una belleza fría.

—¿Y algo que hubiera comido o bebido, podía provocarle la muerte?

—Sí, por ejemplo, algunos medicamentos que pudieran subirle bruscamente la tensión sanguínea o constreñir sus venas.

—'Deduzco que tendría que ser un médico o alguien muy allegado a un médico para saber exactamente lo que podría perjudicarle a mi amigo, ¿verdad?

—Sí, pero si usted está tratando de insinuar que pudo ser asesinado, yo no puedo facilitarle más datos, señor Hammon. En todo caso, acuda al centro donde se le atendió y falleció.

—Sí, claro. Gracias por todo, capitán. Estrechó su mano y abandonó la consulta.

Tras hacer múltiples cábalas, Will Hammon se dirigió en aquel atardecer al barrio Este de Manhattan, frente a los muelles del East River.

No llovía, aunque el cielo seguía encapotado, y era tal la humedad remante, que las calles seguían charoladas por el agua.

Se arrebujó dentro de su gabán impermeable blanco al abandonar su coche, y luego se filtró por una angosta callejuela, deteniéndose frente a un luminoso de neón.

«Club Edgar A. Poe», leyó.

Empujó la puerta pintada de rojo, y penetró en el club nocturno,

decorado al estilo terrorífico-fantástico que le daba nombre.

La sala era espaciosa, y en ella abundaban las paredes de ladrillos y luces rojas, verdes y azules. Un muñeco presidía el centro de la sala, colgando sobre la pista para el *show*, y múltiples máscaras estaban pegadas por las paredes; pero allí la gente daba muy poca importancia a la decoración, y bebía, charlaba y hacía planes.

Cuatro chicas bailaban al ritmo trepidante que tocaba un conjunto que, de pronto, cambiaba el compás para hundirse en un *blues* sensual que las chicas, que tenían muy poco de bailarinas y un mucho de bellezas llamativas y eróticas, seguían con ondulaciones.

El techo era oscuro como la bóveda de una cueva mal iluminada. Había mucho humo, y el ambiente casi podía cortarse con una navaja. Olía a sudor y a *bourbon*, y, salvo los cuerpos de las *sex-girls*, lo demás se hallaba tan mal iluminado, que resultaba difícil distinguir un rostro a una distancia superior a los cuatro pasos.

Eludió la ofensiva de algunas mujeres, que se le acercaron, generosas. No eran mujeres profesionales sino *liberty-woman*, que durante el día podían tener otra clase de empleos, y luego querían vivir su vida.

Por ello, no era nada extraño que un cliente del club pudiera recibir una aplastante negativa cuando creía tener la diversión asegurada.

Aquél era el local del que habían sacado a John Aldrin con el ataque cardíaco del cual había fallecido. Will Hammon había acudido allí, convencido de hallar alguna pista sobre la idea que él tenía de lo sucedido a su amigo.

Su buen olfato no le defraudó. De súbito, descubrió un rostro femenino en una de las mesas que, al encontrarse con el suyo, se volvió rápidamente.

Aquella mujer de cabello largo y rojizo, de párpados pintados en lila intenso, desde las pestañas a las cejas y labios intensamente rojos, se parecía mucho a la enfermera que tenía en su consulta el cardiólogo militar, aunque aquélla no fuera pelirroja sino castaña.

La mujer estaba sola ante una mesa pequeña. Parecía esperar a alguien, y fumaba nerviosamente. Algún tipo se le acercó, pero ella lo despidió con simples gestos de fastidio y nerviosismo.

Will Hammon tomó su vaso de *bourbon*, y se acercó a la mesa, sentándose frente a ella.

—Hola, bella aparición de Edgar Allan Poe.

La pseudopelirroja le lanzó una mirada despectiva. Apartó el cigarrillo de sus labios y, soltándole el humo a la cara, queriendo demostrar mucha seguridad en sí misma, le dijo:

—No molestes, abejorro, estoy esperando a alguien.

—¿Sí? Me gustaría saber a quién esperas.

—No te importa. Anda, lárgate y no fastidies. Por si no lo sabes, aquí no hay el tipo de mujeres que buscas. Este es un club limpio.

—Puede ser que sí, puede ser que no, como dice el cuento infantil. ¿Esperas al capitán médico?

—¿Capitán médico? No sé de qué me hablas. —Ladeó su cabeza para mirar hacia la pista; el final del *show* de aquellas chicas había llegado.

—Ese cabello pelirrojo que llevas es peluca.

—¿Es un delito usar peluca? —inquirió con aire de fastidio, como perdonándole la vida.

—No, no es delito, pero tú eres la enfermera del capitán médico, del cardiólogo que he visitado esta misma tarde.

—¿Acaso eres polizante para tener que darte explicaciones?

—No, no soy policía, pero, si quieres, llamo a la Metropolitana, y ellos aclararán este asunto.

—No hay nada que aclarar. En un club de esta clase, la policía siempre puede fastidiar, y a muchos les molestaría. Alguien que fuma marihuana o...

—No sigas, esa clase de imbéciles viciosos no me interesan ahora.

—Ah, no, ¿qué te interesa entonces?

—El caso de un amigo mío llamado John Aldrin.

—¿Y qué le pasa a tu amigo?

—Tú lo sabrás mejor que yo. Tenías acceso a su *dossier*.

—Sigue sin interesarme el asunto. ¿Acaso es tu forma de «ligar»?

La mujer hizo un gesto despectivo, disponiéndose a levantarse para abandonar la mesa, pero Will Hammon estiró su mano y atrapó el antebrazo desnudo de la fémina, obligándola a sentarse.

—¡Bruto, me haces daño, llamaré a los camareros!

—Llama a quien quieras, preciosa.

Alargó la otra mano por encima del vaso de *bourbon* y, de un tirón, sin que ella pudiera impedirlo, le arrebató la bella y pelirroja peluca.

—¡Bestia, salvaje!

—Así nos entenderemos mejor. Será interesante averiguar que fármaco le pusiste en un vaso a mi amigo John Aldrin para hacerle saltar el corazón.

—¡Yo no soy una asesina!

—No grites, pueden pensar que te estoy haciendo daño, y complicarías las cosas.

Vendría la policía, y yo contaría lo que sé de ti, y cómo murió mi amigo.

—¡Yo no lo asesiné! —repitió ahora visiblemente asustada. Sus nervios ya no podían aguantar más.

Su aparente seguridad se había volatizado, mostrándose ya como una

bestezuela acorralada y sin colmillos que enseñar a su contrario.

—A mi amigo lo sacaron de aquí muy mal. Es obvio que había cenado copiosamente, tenía la sangre muy grasienta y también ayudó el alcohol. Padecía una cardiopatía clara, y su alto nivel de colesterolina era exponente de que podía reventar en cualquier momento, pero si además se le hacía tragar, sin que él se diera cuenta, un fármaco para la hipotensión, de efectos rapidísimos, es decir, todo lo contrario que él necesitaba, era de prever el resultado inmediato de un ataque cardíaco. Un plan perfecto. Con todo lo que he dicho, al entrar en el hospital no le harían la autopsia y, aunque se la hicieran, no sería nada extraño hallar en su cuerpo restos de fármacos considerados no nocivos, para quien no sufría la enfermedad de mi amigo, claro.

—¡Yo no quería, no quería!

—No querías, pero lo hiciste.

La mujer se llevó una mano al rostro para ocultar su vergüenza y su sollozo.

—Dios mío, soy una asesina y por dinero. Tengo un hijo parapléjico de accidente.

—Siendo enfermera militar, podían curarlo en el hospital; tienes perfecto derecho.

—Es que no lo he dado a conocer como hijo mío. Soy soltera, y no quiero problemas, maldita sea. Se empieza por un desliz que engendra a un nuevo ser, y luego todo rueda, rueda como bola de nieve, y al final, una asesina.

—Calma, calma, puedes tener atenuantes en una corte, pero dime quién te pidió el trabajo.

En aquel momento, el conjunto trepidante inició una nueva pieza musical, y en la pista apareció una mujer contorsionista, que hacía un número de gran fantasía.

Por toda cobertura, portaba una serpiente pitón de unos sesenta kilos, con la que debía realizar su espectacular número.

Will Hammon tomó el vaso de licor en la mano, en él quedaba aún una buena cantidad de *bourbon*. Esperaba la confesión de la enfermera que, como ella misma había aceptado, había caído por la pendiente de la delincuencia, comenzando sólo por una noche de deseo y libidinosidad.

—Ha sido Donaggio.

—¿Quién es Donaggio?

La luz del *night-club* Edgar A. Poe se apagó por completo, sólo quedaron iluminadas las puntas de los cigarrillos.

Algunas mujeres chillaron y otras rieron. Muchos pensaron que era parte del número de la sensual contorsionista de la serpiente, pero Will Hammon temió lo peor y acertó.

Capítulo VII

EN su azarosa vida, Will Hammon había aprendido algo importante, y ello consistía en que si en un lugar peligroso se apagaba la luz, había que cambiar rápidamente de posición, por lo que pudiera ocurrir.

Quien estuviera al acecho, sabía dónde se encontraba él, mientras que él no sabía quién podía atacarle y desde qué lugar. Por ello, el reportero, que no era la primera vez que se veía en problemas, saltó de la silla, ladeándose sin haber tenido tiempo de soltar el vaso de licor.

En medio de aquella oscuridad en la que brillaban las puntas ígneas de los cigarrillos, alguien encendió un mechero, pero no fue aquella llamita lo que atrajo la mirada de Hammon, si no tres fogonazos consecutivos, acompañados de sendos taponazos que, entre los chillidos de algunas, las risas de otras y las obscenidades de los más, pasaron desapercibidos.

Aquello no era parte del espectáculo. Will Hammon lo sabía bien.

Su reacción fue rápida: Lanzó su vaso de *bourbon* hacia donde habían brotado los disparos, hechos con silenciador. Escuchó un respingo, y luego se abalanzó en la misma dirección, pero no tuvo suerte. Delante de él había una mesa, que no pudo ver, tropezó con una mujer, y pasó por encima de la mesa.

Cayó al suelo sobre algo blando, mientras una mujer gritaba. En aquel preciso instante, se hizo la luz, en medio de la jocosidad general.

La danzarina de la serpiente pitón se hallaba sentada en el suelo de la pista, rodeada por el ofidio, al que acariciaba la cabeza para calmarlo ante aquella súbita oscuridad, que podía haberlo enfurecido.

Will Hammon se descubrió a sí mismo sobre una mujer, que portaba un atrevido vestido nocturno de tela muy escasa. La fémina no estaba mal. Su rostro expresaba la madurez de los treinta y, al descubrirle, dejó de moverse y chillar. Enseguida le atrapó la cabeza con sus manos, diciéndole:

—Cariño, si lo llevo a saber, no grito.

Will Hammon se zafó como pudo de aquella constrictora humana, y miró en derredor.

La mesa estaba volcada, también un par de sillas, pero le era imposible descubrir dónde se hallaba el hombre que había disparado. Había tenido tiempo de escapar, y ello indicaba que no había actuado

solo.

Miró hacia la mesa de la enfermera. Esta, como ebria por haber bebido en demasía, lo que allí no resultaba extraño, se hallaba volcada sobre la mesa, con una mano crispada sobre la peluca pelirroja.

Frunció el ceño, comprendiendo lo que había ocurrido.

El asesino estaba tras él, y le había hecho tres disparos para terminar con su vida, sólo que él había cambiado de posición a tiempo, y las balas, en su rectilínea trayectoria, al no encontrar su cuerpo, habían cruzado por encima de la mesa, mordiendo letalmente a la mujer.

Le levantó la cabeza. Uno de los balazos le había acertado en pleno rostro, otro en el cuello y el tercero en el pecho. Sangraba con abundancia, había quedado con los ojos abiertos y sin vida.

El chillido que escuchó junto a su oreja estuvo a punto de romperle los tímpanos, y cubrió por completo los decibelios del ruidoso conjunto musical. La mujer que había encontrado en la oscuridad, y que al parecer no estaba dispuesta a que se le escapara aquel atractivo ejemplar masculino, se le había acercado, pero al descubrir la sangre y la muerte de la enfermera en sus ojos vidriosos, había gritado con toda la fuerza de sus grandes pulmones.

De nuevo, y sin previo aviso, se apagó la luz del local. A algunos clientes comenzó a parecerles que el club nocturno tenía mucho de espectacular y fantástico. Los asiduos sabían que aquello no entraba en el *show*, pero no era nada extraño el que hubiera jarana con derramamiento de sangre incluida.

—¡Se ha escapado la pitón! —gritó alguien.

Aquello fue una sinfonía de chillidos. Algunas mesas se volcaron, y muchos corrieron de un lado a otro, sin acertar a encontrar la salida.

Will Hammon, comprendiendo que en nada le iba a beneficiar que la policía le relacionara con la muerte de la enfermera asesinada a balazos, pues iba a resultar muy difícil demostrar que no había sido él, quiso evaporarse, pero aquella mujer a la que parecía gustarle tanto y que chillaba como una energúmena, lo había agarrado como si fuera el último hombre que quedara en el planeta Tierra.

De pronto, una potente linterna se encendió frente a Will Hammon, dándole el haz de luz en pleno rostro. Quedó cegado en medio de aquel caos, cuando un objeto duro y consistente le golpeó en la nuca.

La linterna se apagó para Hammon, que se desplomó. Lo último que halló fue a aquella maldita mujer que no dejaba de chillar y que, gracias a que le agarraba con tanta fuerza, impidió que se golpeara en la frente contra el borde de la mesa.

El intenso dolor en la nuca le acogotaba cuando se encontró sentado en su propio automóvil, con la sensación de que no estaba quieto y, sin embargo, él se hallaba frente al volante.

—¿Qué diablos me ocurre? Ni que me hubieran hecho un viaje con LSD, esto es más que desagradable —gruñó.

Al mirar a su lado, descubrió a la desgraciada enfermera que había encajado los tres balazos que le habían dirigido a él.

—Maldita sea... Donaggio dijiste, ¿verdad?

Medio atontado, al mirar por el cristal parabrisas, descubrió que el coche rodaba hacia el borde del muelle, hacia las aguas en aquel momento ignoraba de dónde, ya que sólo veía luces de señalización de barcos y gabarras. Un lugar bonito no resultaba, posiblemente eran unos, muelles de descarga industrial en el East River.

Aquello no era broma, Will Hammon lo comprendió así. Lo que no entendió era cómo podía dirigirse su coche hacia las aguas, si el motor no funcionaba.

Miró hacia atrás, y descubrió un «Chrysler» que lo empujaba: La iluminación era mala, y el tipo que conducía el «Chrysler», para no llamar la atención, no usaba luces, por lo que no pudo distinguirlo.

Llegando ya al borde pétreo del muelle, Will Hammon pisó a fondo el freno. La noche era fría y desagradable. Tenía jaqueca a causa del porrazo que le habían propinado en la nuca y, por si fuera poco, lo habían cargado con una muerta. Sólo faltaba que quisieran ahogarlo...

El freno no funcionó. Hundió el pie varias veces consecutivas, y siguió sin funcionar. Lo habían estropeado o, por lo menos, habían vaciado el aceite del freno. Fuera lo que fuese, no pudo detener el auto.

En un par de segundos, debía decidir lo que era mejor para él. Tenía opción a abrir la portezuela y saltar del coche, pero el tipo que venía detrás podía arrollarlo malignamente o simplemente freírle a balazos, mientras que, si caía al agua, lo darían por muerto. Aquélla era su única posibilidad de salvación, siempre que la suerte estuviera de su lado.

El «Chrysler» frenó, pero ya había empujado lo suficiente para que allí, en medio de la oscuridad, el «Mercedes-Benz» se inclinara hacia delante y cayera a las sucias y oscuras aguas.

En aquel brevísimo espacio de tiempo, Will Hammon había tomado su decisión, y ahora se hundía en las pútridas aguas portuarias.

El coche desapareció pronto bajo las aguas. Todo era intensamente oscuro en torno a Will Hammon mientras el auto se balanceaba, hundiéndose sin cesar. No pararía hasta tocar el fondo.

Al aumentar la presión, el agua se fue filtrando por los intersticios del «Mercedes», y comenzó a notar el agua en sus pies, pero aún tenía aire, el aire que se hallaba atrapado dentro del coche. Aquel aire le permitiría unos minutos de respiro, minutos que le iban a hacer falta.

Al fin, el automóvil tocó fondo con sus ruedas delanteras, ya que, debido al mayor peso del motor, situado delante, se había inclinado hasta tocar fondo, recobrando luego la horizontalidad.

Mientras la presión aumentaba en el interior del coche, Will Hammon recuperó sus llaves y la pistola «Kruger» que tenía en la guantera. Quitó el seguro manual de la capota y ésta, debido a la excesiva presión del agua, se retorció.

El interior del coche quedó inundado, recibiendo el hombre encima de su cabeza toda la masa acuosa que quería aplastarlo. Más consiguió salir hacia arriba y, sólo moviendo sus pies, ascendió en vertical, temiendo que la profundidad fuera excesiva y se le formaran las burbujas de nitrógeno en la sangre.

Emergió, sin perder el sentido, y aspiró el aire con fruición. Dando unas cuantas brazadas, consiguió llegar hasta la pared pétrea del muelle, mientras un intenso frío invadía su cuerpo.

Capítulo VIII

WILL Hammon salió de las aguas, quedando sentado en el borde de piedra de los muelles. Se dijo que jamás se acostumbraría a aquellos desagradables baños de madrugada en un lugar sucio y en tiempo frío y brumoso.

Miró en derredor: No había ni rastro del «Chrysler» que le había empujado. Observó las aguas, y sólo vio neblina. Bajo ellas estaba su coche, un excelente y caro modelo de importación y, dentro de él, una desgraciada con tres balazos en el cuerpo.

—Por todos los demonios, ésta no es mi noche de suerte.

Comenzó a llover, pero Will Hammon ya chorreaba agua, y dejó un buen rastro de ella mientras avanzaba, aunque éste se disolvía con rapidez en el suelo mojado.

Estaba seguro de que en aquellas condiciones no iba a aceptarlo ningún taxista. Por ello, caminando bajo la lluvia, se dirigió al primer *snack-bar* que encontró. Era un lugar que olía fuertemente a cebolla frita.

—¿Dónde está el teléfono? —preguntó, nada más entrar.

—Oiga, viene usted empapado, no creí que lloviera tanto. —le dijo el hombre del bar, perplejo.

—Sólo llovizna, pero es que yo tengo muy mala suerte. Ahora, mientras telefono, prepáreme un whisky doble y tres cafés bien calientes y cargados. Quizá con todo eso evite que luego tengan que llenarme de antibióticos para combatir una pulmonía doble.

—Oh, sí, enseguida.

Tenía un número de teléfono preparado, y lo marcó es el aparato, sin vacilaciones. Al poco, se oía una voz, preguntando:

—¿Diga?

—Los pájaros enjaulados cantan mejor y más seguros —gruñó más que dijo Will, mientras se estremecía de frío.

—¿Es usted Hammon?

—Sí. Vengan a rescatarme con un coche, estoy en el *snack* Chipper, frente al muelle 17.

—¿A rescatarle, le ocurre algo?

—Sí, estoy siendo apuñalado por el frío y mojado hasta los huesos. Les espero, ahora tengo que tomar mi whisky y mi café.

Tras aquellas palabras y mientras la voz al otro lado del hilo seguía interrogando, Will Hammon, con menos humor que un perro enjaulado viendo pasar a una perra en celo y sin tener las facultades de «Rintintín» para abrir la jaula, colgó el auricular.

Se tomó el whisky y los tres cafés. Hubiera deseado quitarse la chaqueta, pero pensó que, aunque mojada, era preferible tenerla encima.

—Oiga, parece que la casa está especializada en hamburguesas con cebolla.

—Así es.

—Pues sírvame una, bien caliente y otro whisky.

—Creo que lo mejor sería que se cambiase de ropa.

—Oiga, ¿cómo ha dado en el clavo? ¿Le ha costado mucho pensar eso?

El cantinero puso cara de circunstancias y preparó la hamburguesa que Will Hammon comenzó a comer cuando llegaron dos hombres que Will conocía bien.

—Oigan, si no tuviera tantas ganas de sacarme la ropa de encima, les convidaría a hamburguesas con cebolla, aquí las hacen bien, pero será mejor que nos larguemos.

El inspector federal y el comandante de la MP no pronunciaron una sola palabra. Will Hammon pagó la cuenta con largueza, y poco después, se sentaba en el coche que había acudido en su busca.

—Parece que está más que empapado, Hammon —gruñó el federal.

—Sí, a mí también rae lo parece. Por lo visto, además de querer dar de comer a los peces, el tipo que me ha echado al agua era imbécil, porque no sabe que las aguas de este muelle están tan sucias que no hay pez que las resista.

Mientras le conducían a su apartamento, Will Hammon, les explicó lo sucedido.

Terminó diciendo:

—Hagan lo que quieran con el cadáver de esa infortunada mujer. No puedo decirles quién es el asesino porque no lo he visto, pero ella dijo que la había empujado a asesinar a mi amigo John Aldrin un tal Donaggio, aunque será más que difícil demostrar que lo de mi amigo fue un crimen.

—Con todo esto sólo han tratado de confundirnos —gruñó el comandante de la Military Police—. Parece que la vida de un hombre les importa muy poco y escogieron a su amigo porque tenía las medidas antropométricas, idénticas a las de nuestro agente Douglas. Después de todo, asesinar a su amigo John Aldrin con un fármaco, resultaba la mar de sencillo y luego, cuando encontraran su cadáver, sería totalmente irreconocible para siempre, porque oficialmente él ya había sido

incinerado.

Hammon agregó:

—Y para asegurarse mejor, metieron la bomba en las tripas de su agente. Esos tipos van a lo seguro y estoy, vivo de milagro. Los tres balazos que encajó la desgraciada enfermera me los obsequiaban a mí. En fin, ustedes se encargarán de explicarles el asunto a los de la Metropolitana, pero yo quiero mi coche, de modo que lo sacan del agua, lo llevan a un taller y me lo dejan limpio y en condiciones.

—De acuerdo, Hammon, nos ocuparemos de su coche —aceptó el inspector federal—. Pero sería bueno que continuara llevando este asunto privadamente, como cosa suya. Hay gente muy importante por medio, y un paso en falso podría traer muchos problemas al Pentágono y la Casa Blanca.

—Los hombres de la MP y los del contraespionaje están llevando este asunto con sumo cuidado, pero acercarse al general Kowert, que es un hombre muy conocido, resulta peligroso.

—Ya. Lo que ustedes pretenden es que el tiburón muerda el anzuelo y en el anzuelo está este irritante e infeliz reportero llamado Will Hammon.

—Por ahora va bien, Hammon. Han intentado matarle, eso es que les molesta bastante

—observó el inspector federal.

—Si ahora que sólo les estoy molestando me encuentran así como estoy, hecho un asco, cuando el general Kowert y sus sicarios entren en cólera y vengan a buscarme, puede que con un aspirador recojan algunas partículas de mis restos.

—Vamos, Hammon, usted no es tipo que tenga miedo.

—No, si no me quejo por miedo a morir, sólo lo digo por no ensuciar más el asfalto de la ciudad, ya sabe que la campaña de mantener limpio Nueva York es lo que importa ahora.

Lo dejaron frente al edificio donde se hallaba su apartamento y el comandante de la Military Police le recomendó:

—Un baño de agua caliente y un par de whiskys con dos pomelos escurridos es lo mejor.

—Gracias por el consejo, pero como no me traigan los pomelos de la Raquel Wells — hizo una pausa significativa, añadiendo—: que usa en su dieta. Tendré que conformarme con los whiskys solos.

Tomó el ascensor en el vestíbulo de su escalera y al llegar a la planta y dirigirse a la puerta que correspondía a su pequeño pero coquetón apartamento, encontró lo que menos esperaba.

—¡Liza!

La joven levantó la cara y bostezó sin recato. Se hallaba sentada en el suelo, con las piernas encogidas rodeando sus rodillas con los antebrazos

y escondiendo la cabeza entre sus muslos.

—Al fin llegas. Dormir así es muy desagradable y tengo mucho frío.

—¿Frío? Creo que nos vamos a turnar la botella de whisky, pequeña.

—Pero si vas empapado.

—Es que me he olvidado el paraguas y está lloviendo.

—¿Y el coche?

—Está algo sucio y lo he dejado en remojo,

—¿Qué dices, Will? No te entiendo.

—Busca por ahí lo que quieras, yo voy a ducharme con agua caliente antes de que... ¡Atchís!

Will Hammon no dijo nada más. Pero después, recibía con gusto el agua caliente que le quitó el frío y le lavó de la suciedad con que habían impregnado su cuerpo las aguas del East River.

Al salir de la ducha encontró en la banqueta el pijama y la bata. Se secó y cubrió con las ropas preparadas por Liza, que le aguardaba en la caldeada salita.

—¿Te encuentras mejor ahora?

—Sí, y a ti, ¿se te ha pasado el frío?

—Todavía no.

Hammon parpadeó y acercándose a ella, se sentó a su lado en el sofá. Liza había preparado *bourbon*, y Will tomó un trago.

—Aún estoy fría por dentro.

—A mí me han recomendado whisky y pomelos para que no pille una pulmonía, pero no tengo pomelos y...

No continuó; los labios femeninos cerraron suavemente su boca, cálidos y húmedos.

—Ahora comienzo a sentirme mejor, Will. Estaba tan asustada que me he quedado fría por dentro.

—¿Asustada?

—Sí, pensaba que me habías dejado para siempre.

Will la miró con más atención. No había duda, además de ser muy joven, Liza era rabiosamente bella y atractiva. Tenía ese algo de *sex-appeal* que distinguía a las mujeres atrayentes de las frías, por las cuales el hombre jamás volvía su rostro con un silbido de admiración.

Siendo inútil negar que la miel es dulce, que el diamante brilla con intensidad y que una llama quema la mano si se pone sobre ella, Will Hammon estiró su brazo, la atrajo hacia sí y la besó con generosidad, de modo que, con los párpados cerrados. Liza se olvidó de que había sentido frío.

Capítulo IX

EL capitán Tracy no se mostró precisamente amable cuando Hammon solicitó ver al general Kowert.

—Tendrá que llenar el formulario, firmarlo y aguardar a que le toque el turno.

—No soy un reportero de formularios previos y el general Kowert lo sabe.

—El general Kowert no tiene por qué saber nada respecto a usted, señor. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Hammon. Tiene usted una memoria excesivamente frágil para ser el secretario particular del general Kowert.

—Bien, creo que ya ha perdido demasiad9 tiempo aquí. Si desea obtener una entrevista, llene el formulario y luego, si tiene suerte... en fin, eso es cosa del general.

—También mi tiempo es valioso, capitán, por eso voy a ver al general ahora mismo. Will, que se hallaba en la doble *suite* que ocupaba el general Kowert en el Waldorf

Astoria de Nueva York, como hábitat y despachos a un tiempo, se dirigió hacia la puerta que suponía daba directamente al despacho del general.

El capitán Tracy, hombre ágil y experto en su oficio, saltó interponiéndose entre él y la puerta.

—No le he dado autorización para pasar, señor Hammon. Podría ser que llamara a la policía para que se lo llevaran de aquí.

—Hasta ahora no he allanado ninguna morada, sólo quiero hablar con el general. He de hacer un reportaje y no me gusta irme de vacío.

—No hay reportaje, ¿cómo quiere que se lo diga? —gruñó amenazador, como un mastín presto al ataque.

—Muy sencillamente, sólo atiendo a razones cuando me aplastan la nariz de un puñetazo. Eso es para mí una razón convincente.

—Pues usted lo ha querido.

Hammon, que había provocado al capitán, aun hallándose en apariencia descuidado, esperó el puñetazo, sólo que el puño pasó por encima de su hombro.

Después, se inclinó hacia delante y golpeó el estómago del militar, volteándolo por el aire y alzándolo por encima de su propio cuerpo.

El capitán Tracy no se propinó la dura costalada que se hubiera dado un hombre normal en aquella terrible caída porque era un experto en la lucha, pero Will Hammon, antes de que se recuperara, ya había franqueado la puerta y se hallaba delante del general Kowert.

—Hola, general Kowert. ¿No me recuerda?

Se hizo a un lado y aun sin volver la cabeza, se percató de que el capitán Tracy, furioso por la lección que acababa de recibir, le embestía como un búfalo.

—¡Mi general, me ha atacado! ¿Aviso a la policía?

—Creo que el general no desea que la policía se inmiscuya en sus asuntos particulares y eso trascienda a la Prensa. Sería una publicidad dañina para él. Imagínese los titulares:

«El general Kowert tiene problemas con la policía.»

—No será el general, si no usted, quien los tenga.

—Basta, capitán —cortó el propio general Kowert, un tipo de aspecto fornido, pese a su edad y cabello gris e hirsuto, cortado al cepillo. Su boca era dura y sus ojos, pequeños e inquisitivos—. Usted es un reportero, ¿verdad?

—Sí, un *free-lance* y me llamo Will Hammon. Ya se lo he dicho al capitán Tracy.

—Le he dado el formulario, general, y él me ha atacado por sorpresa.

—Vamos, vamos, capitán, usted ha tratado de golpearme primero las narices. Yo sólo he hecho hacerle practicar el salto de la rana.

Ante aquella humillación, la furia se reflejó en los ojos del capitán Tracy.

—Tracy, aguarde afuera. Ya le diré si ha de avisar a la policía o no.

—Está bien, general, pero a este reporterillo sería mejor darle una lección.

—Cualquier día le voy a buscar a usted para que me la dé, capitán.

—Le estaré esperando, sólo que no me va a coger por sorpresa.

Tras aquellas palabras y antes de que el general Kowert se molestara más, el capitán Tracy abandonó el despacho dejándolos solos.

—Emplea usted métodos poco deportivos para conseguir sus fines, señor... ¿cómo ha dicho que se llama?

—Will Hammon, Me canso todo el día de repetir mi nombre y hay gente que no termina de aprendérselo. Yo diría que se les atraganta pese a lo fácil que resulta.

—Señor Hammon, creo recordar su nombre.

—Hace tiempo le hice dos entrevistas. Una fue antes de ir a Vietnam, y otra, a su regreso, cuando se comentó que había sido apartado de la secretaría de Guerra.

El militar carraspeó, pero a Will Hammon no se le escapó que era un

enemigo muy peligroso.

—Me han hecho muchas entrevistas, joven, pero soy buen fisonomista y por eso conservo un vago recuerdo de usted. Comprenda que han sido muchos los que, han venido a mí. Claro que si luego tuviera que perder mi tiempo leyendo lo que han escrito, no podría hacer nada más.

Hammon encajó la puya.

—Lo entiendo, general, pero no he venido a verle para que me recuerde. Es absurdo pretender que recuerde a quienes escriben mal o bien de usted. Es obvio que se halla por encima de esas cosas.

—Veo que comienza a comprenderme. Son demasiadas mis ocupaciones y problemas como para preocuparme de esas niñerías, más propias de artistas y políticos, usted ya me entiende.

—Deduzco por sus palabras, y no por menoscar a los artistas, que tiene en poca estima a los políticos.

—¿Para qué engañarnos, señor Hammon? Los políticos son quienes causan la guerra y los militares tenemos que resolverla.

—Una definición que no gustará a muchos.

—¿Va usted a publicarla en su periódico?

—No tengo periódico, general. Yo hago un reportaje y luego lo vendo al mejor postor; me gusta ser libre y escribir lo que me parece, no lo que me dicte un jefe de redacción porque tal o cual anunciante sea de determinado partido o grupo social.

—Si no le gusta que le manden, no sería usted buen militar.

—Difiero de sus palabras, general. Usted parece ser un buen militar y, sin embargo, no le gusta que le mande nadie.

—Un tanto para usted, joven; claro que yo, para llegar adonde estoy, he tenido que pasarme muchos lustros obedeciendo. La disciplina en el ejército es primordial.

—Lo sé y lo veo lógico, pero los altos mandos del ejército deben de seguir haciendo gala de esa disciplina, obedeciendo las leyes del Congreso y del propio presidente.

El general Kowert torció el gesto sin poder disimularlo.

—¿Está usted tratando de acusarme de rebelde?

—Oh, no, general, sólo es lo que se comenta en ciertos medios. Kowert hizo un gesto de impaciencia.

—Le ruego que sea breve; me está comiendo demasiado tiempo.

—¿Qué haría usted si fuera el presidente de la nación?

—No lo sé, porque jamás me presentaré a las elecciones. Desde mi punto de vista, las elecciones presidenciales son un *show* a escala monumental.

—¿Le gustaría más mandar por un golpe de estado y apoderarse de las riendas del gobierno para imponer un régimen militar?

La pregunta fue hecha a boca de jarro y el general no pudo evitar que sus ojos brillaran ante aquella posibilidad que tanto soñaba.

—Yo haría a Estados Unidos el amo del mundo si eso ocurriera. —De pronto, comprendió el alcance de sus palabras, el eco que podían hallar si se publicaban, y se apresuró a decir—: Esa es una frase que debió decir Napoleón o pensó Julio César Ahora, señor Hammon, ya ha hablado demasiado conmigo. Márchese o tendré que hacer caso al capitán Tracy y llamar a la policía para que lo saquen de este lugar.

—No es preciso, general, ya he hablado lo suficiente con usted para saber con detalle lo que piensa. Creo que este reportaje pueden pagármelo bien.

—Escriba lo que quiera, pero tenga cuidado. Puedo denunciarlo por calumnia, puesto que negaría cuanto le he dicho aquí, suponiendo que hubiera dicho algo que, colocado en grandes titulares, resultara escandaloso.

Will Hammon, puesto ya en pie, sonrió suficiente. No se dejaba dominar por aquel león castrense que se empeñaba en ser el rey de la jungla, olvidándose de que si bien él reunía grandes cualidades, había animales más astutos que el propio león. Los había más rápidos, incluso que podían volar y también otros que eran más fuertes que él.

—Sí, los periodistas podemos hacer que una frase determinada, pronunciada sin énfasis, destaque en la Prensa como un verdadero bombazo. Claro que cuantos han tratado de desmentirme sobre lo que he escrito, se han llevado el disgusto de verse humillados en los tribunales, ya que jamás nadie ha conseguido que me sentencien por infundio o calumnia.

El general Kowert achicó su mirada; era una mirada de desafío y amenaza.

—Si quiere buscarme problemas, no se lo aconsejo, joven. Lamentaría tener que barrerlo, parece que es usted un tipo que vale.

—Gracias, general; ha sabido usted estimarme en lo justo.

Cuando Will Hammon salió del despacho, se encontró encañonado con una pistola de grueso calibre que sostenía el capitán Tracy.

—Ponga las manos en alto, señor Hammon.

—Cuidado, capitán, podría disparársele y sería todo un notición que un reportero fuera asesinado en los despachos del general Kowert.

—Ponga las manos en alto o me importará muy poco lo que publiquen —insistió.

—Haga lo que el capitán Tracy le ordene —gruñó la voz del propio general apareciendo en el umbral de la puerta.

—Caramba, general, no creí que fuera usted tan belicoso.

—Usted ha dicho que lo estimaba en lo justo. —Miró al capitán y le dijo—: Busque bien, puede llevar un pequeño magnetófono con el que

grabar mis palabras y ya sabe que a mí no me gusta que graben mis entrevistas.

—Una buena medida, general —respondió Hammon, pegando las palmas de sus manos a la pared mientras, apuntándole a la nuca con la zurda, el capitán Tracy le cacheaba con la diestra, en forma muy hábil y profesional.

—Parece que no lleva' ni armas siquiera.

—Insista, capitán... Esta clase de sujetos sabe preparar bien sus artilugios de espionaje electrónico.

—General, usted siempre tiene la oportunidad de desmentir lo que escriben sobre su persona pero, pese a ello, creo que mucha gente le conoce ya bien.

—Y en el futuro, me conocerán mejor, no lo olvide. Usted, concretamente, liaría bien en desaparecer de Estados Unidos.

—A eso le llamo yo una amenaza en toda regla, general.

—No lleva nada, general, nada —gruñó Tracy,

El propio general, acercándose a Hammon, tendió su mano exigiendo:

—Su reloj, señor Hammon.

—¿Mi reloj? No pensaré quitármelo, ¿verdad? Podrían acusarlo de robo a mano armada.

—No sea cínico. ¿Cuánto vale su reloj?

—Pues, no recuerdo bien, pero podría ser que valiera unos cien dólares.

El general regresó a su despacho y al poco volvió con unos billetes que puso en el bolsillo de la chaqueta de Hammon.

—Ahí tiene doscientos dólares para que se compre un nuevo reloj. Ahora, deme el suyo. Will se lo entregó. Kowert intentó abrirlo pero no pudo. Luego, lo tiró al suelo y lo aplastó con el tacón de su zapato, reventándolo.

—Ahora ya puede irse, señor Hammon.

El capitán Tracy se guardó la gruesa pistola y Will se dirigió hacia la puerta. Al llegar a ella, miró el reloj aplastado y con gesto resignado, dijo:

—Lástima, era un buen microemisor. Funcionaba perfectamente y con una alta calidad de emisión.

Tracy observó, preocupado, al general, como esperando una orden de éste, pero ya Will Hammon había desaparecido del cuartel general de Kowert, ubicado en el Waldorf Astoria de Nueva York.

Capítulo X

CUANDO Will Hammon regresó a su apartamento, lo primero que escuchó fue el rumor de la ducha.

—¿Eres tú, Will?

Se acercó a la habitación y vio sobre la cama la ropa nueva que se había comprado Liza.

—¿Esa ducha es para quitarte el sueño? —preguntó él—. ¿Hace mucho que has despertado?

—No, la culpa la ha tenido ese tipo que te ha telefoneado. Me ha dejado los tímpanos atontados. No sé si es lo más adecuado tener el teléfono junto al cabezal de la cama.

—¿Que un tipo ha telefoneado? ¿Quién es?

—Dame la toalla —pidió, alzando su mano por encima de la puerta de cristal a través de la cual se recordaba su esbelta silueta, un tanto esfuminada.

Will miró en derredor hasta dar con la toalla de baño azul claro que Liza había encontrado en el armario. La tendió hacia la mano femenina y ésta, al tiempo que cerraba el grifo, tomó la toalla, comenzando a secarse.

—¿Has dicho que un tipo ha llamado por teléfono, qué tipo? —insistió.

—Ah, sí, un hombre que tenía acento extranjero.

—¿Acento extranjero?

—Sí, italiano, mafioso.

—Bueno, todos los italianos no son mafiosos.

—Yo te hablo por lo que he visto en las películas. La verdad es que se ha puesto un poco pesado.

La puerta se abrió y Liza salió a medio secar y envuelta en la toalla, de modo que su pudor quedaba a salvo. Su rubio cabello mojado y pegado a su espalda, no dejaba de ser bello.

—¿Por qué dices que se ponía pesado?

—Porque insistía en preguntar quién era yo y me decía que quería hablar contigo. Me ha costado convencerle de que no estabas aquí y me ha dado un recado para ti. —Impostó su voz haciéndola más gruesa para imitar al hombre que había llamado—:

«Dígale que le espero en la azotea del Grey Glass Building. *Buona*

sera, signorina».

—¿En la azotea del Grey Glass Building? Eso es un rascacielos de Manhattan.

—Pues no sé, claro que hasta un parisino o un hong-kongués sabe más de Nueva York que yo.

Con el gesto grave y el ceño fruncido, Will Hammon preguntó:

—¿No te ha dicho nada más?

—Ah, sí, ha dicho que se llama Donaggio o algo por el estilo.

—Conque Donaggio, ¿eh?

Se acercó a Liza, le dio un beso fugaz en los labios y se alejó hacia la puerta. La joven, con los pies desnudos, dejando un rastro húmedo sobre la moqueta, corrió tras él.

—Eh, no te marches. No irás a dejarme sola otra vez, ¿verdad?

—No sigas adelante, podrían acusarte de escándalo público por la forma en que vistes

—la cortó, mientras desaparecía tras la puerta.

Aquella mañana, Will Hammon había alquilado un automóvil, en espera de que el FBI le recuperase su «Mercedes-Benz» descapotable y el seguro pagase la reparación que hiciera falta.

Aquel «Mercury» era un modelo del 71, pero corría bastante bien. Condujo por el asfalto del centro de Manhattan, dirigiéndose hacia el sur de la isla, cerca del Battery Park, mirando hacia el estuario y a la estatua de la Libertad.

El Grey Glass Building se alzaba en la Broad Street, y no era ni, con mucho, de los más grandes y llamativos rascacielos de Nueva York; pero era un gigante más de los que conformaban la urbe.

Introdujo el «Mercury» sedán en el aparcamiento subterráneo del edificio y tras estacionarlo debidamente, se dirigió a los ascensores.

En aquel momento, un hombre bajó de su automóvil y cerró la puerta con toda normalidad. Era un tipo grueso, pero de aspecto fuerte y algo más bajo que el propio Will Hammon.

Su cabello era negro, brillante y algo ondulado y sus ojos se hallaban cubiertos por— unas gafas oscuras. Anduvo también hacia las puertas del servicio de ascensores, aparentemente sin dar importancia a la presencia de Will Hammon.

Tras ser llamado, uno de los ascensores quedó libre para ellos y ambos se introdujeron en la cabina donde había una empleada que preguntó:

—¿Piso?

—Azotea —dijo Will Hammon.

—Piso veintitrés —respondió el otro hombre.

A Will Hammon no se le escapó el ligerísimo acento italo-

norteamericano del hombre de las gafas oscuras, mas no podía arriesgarse a pasarse de listo, identificándolo como Donaggio, cuando no conocía al hampón.

La ascensorista pulsó el botón veintitrés, y el ascensor comenzó a elevarse con rapidez. De pronto, aquel tipo, tras hundir su mano en el bolsillo, la sacó armada de una navaja automática que, con sólo pulsar el resorte, desnudó su afilada y larga hoja.

La ascensorista lanzó un chillido de susto. A Will Hammon, que había estado observando de reojo a aquel sujeto, no le sorprendió su ataque.

Giró sobre la punta de su pie derecho hacia la izquierda, al tiempo que desviaba la mano armada del asesino y la navaja fue a clavarse sobre el panel de botones, exactamente sobre el rojo *stop*.

La cabina se detuvo entre dos pisos, mientras la chica se acurrucaba en un rincón sin saber qué hacer, ante la imprevista reyerta.

Aquel italo-norteamericano no era fácil de dominar y Will Hammon pronto se dio cuenta de ello. Tenía unas muñecas quizá el doble de gruesas de lo que cabía esperar y el golpe que le propinó Will en ellas, no le hizo saltar la navaja automática, por lo que continuó siendo igualmente peligroso dentro del reducidísimo espacio del ascensor.

Will saltó de un lado a otro, esquivando los navajazos. En uno de los golpes hacia atrás, pulsó los botones, sin proponérselo, y el ascensor reanudó la marcha, ahora en descenso.

La pelea era a muerte, sorda y dura. La navaja, en uno de los saltos, rozó la pierna de Hammon y la sangre brotó por ella.

El italo-norteamericano encajó un fortísimo puñetazo en pleno rostro. Cayó hacia atrás y el ascensor cambió el sentido de la marcha, elevándose de nuevo.

Los dos hombres se embistieron mutuamente. Al fin, Hammon pudo aferrar con sus dos manos la diestra armada del sicario. Este se revolvió y, con la zurda, trató de hundir los ojos de Will, más éste desvió su rostro oportunamente e hizo un movimiento brusco sobre la muñeca apresada, produciéndole una luxación.

El acero saltó de sus manos mientras gruñía de dolor y con la cabeza golpeaba los botones de mando, cambiando el sentido de marcha y descendiendo nuevamente.

La ascensorista ya no chillaba, tiritaba de miedo, acurrucada en un rincón de la cabina, mientras los dos hombres jadeaban como búfalos en época de celo.

La destreza de Will Hammon pudo contra la fortaleza del sicario que, castigado con suma dureza, terminó por perder la consciencia cuando el ascensor se detenía en el parking subterráneo.

Will abrió la puerta; la pernera de su pantalón estaba manchada de

sangre. Empujó a su enemigo hacia el exterior y, volviéndose hacia la chica, le dijo:

—Será mejor que olvides lo que ha pasado aquí, preciosa, te meterás en menos líos.

—Sí, sí.

La joven se apresuró a cerrar la puerta y a ascender, llevándose en el piso del ascensor la navaja que había perdido el atacante.

Hammon arrastró a aquel tipo hasta el maletero del «Mercury», y allí le ató las manos a la espalda y también los tobillos a las manos para que no pudiera hacer demasiada fuerza y estuviera muy limitado en sus movimientos.

Cerró con llave la cajuela, y abandonó el parking en el instante en que aparecía un guardián del edificio, junto a la cabina de control del aparcamiento.

La ascensorista había dado la voz de alarma y, aunque su prisionero tuviera todas las de perder, no quería dejarlo ahora que podía averiguar mucho de él, máxime conociendo lo delicado del caso. Por ello, no dudó en pisar el acelerador a fondo, cuando le daban el alto.

Pasó a gran velocidad por delante de la cabina, haciendo roncar el motor con fuerza, y se cargó la barrera de madera pintada en negro y amarillo.

El propio vigilante tuvo que saltar para no ser atropellado. Después, desenfundó su revólver y comenzó a disparar, pero ya Will Hammon se perdía en el asfalto de la gran ciudad.

Capítulo XI

EL lugar era solitario.

Hacía como unos cinco minutos que Will Hammon se había salido con su sedán de la carretera general, introduciéndose entre la arboleda.

La vegetación terminaba en un abrupto acantilado, bajo el cual batían las olas oceánicas, rompiéndose contra las rocas de agudas aristas y con algas y moluscos adheridos a ellas.

Will Hammon no detuvo el coche hasta llegar al borde del acantilado. Una vez allí, hizo maniobras y colocó el «Mercury» de espaldas a uno de los bordes del abismo, cuyo fondo era el embravecido océano Atlántico, al sur de Richmond.

Allí, el acantilado se extendía en varias millas, y en el punto concreto donde se hallaba Will, formaba una especie de cuña, introduciéndose en el océano unas cien yardas. Hammon había colocado el «Mercury» de espaldas al borde sur de dicha cuña en la que crecían pinos que impedían ver claramente el otro borde, situado a unas cuantas yardas frente al morro del automóvil.

Tras descender del coche, abrió el maletero. Allí estaba el italo-norteamericano, mirándoles. Había perdido las gafas en el ascensor donde trataba de asesinar a Hammon.

—¿Qué, amigo, es una posición incómoda?

—¿Qué va a hacer conmigo?

Aquel sujeto no parecía sentir miedo, por lo menos en aquellos instantes.

—Darte una cuchillada sería devolverte el favor, porque eso era lo que tú querías hacerme.

—Digamos que he tenido mala suerte. Forcejeó con las ligaduras, inútilmente.

—Asoma la cabeza por el maletero.

—¿Para qué?

—Quiero que veas lo que hay debajo.

El tipo obedeció, y no pude evitar un movimiento de retroceso dentro de la cajuela.

—Oiga, ¿ya le ha metido bien el freno a este trasto?

—Tú eres Donaggio, ¿verdad?

—¿Qué importa eso ahora?

—Tú obligaste a la enfermera a asesinar a mi amigo John Aldrin.

—Yo no conocía a ese John lo que sea.

—Es posible que no lo conocieras personalmente, pero utilizaste a la enfermera para matarlo. Sé muy bien que lo escogiste por sus medidas antropométricas, por su parecido con el agente que habíais asesinado.

—Esa mujer no sabía nada del agente.

—No, ella sólo tenía que hacer una buena obra de eutanasia, dándole un potente fármaco a mi amigo, después de una copiosa comida y una bebida abundante. Luego, ¡plaf!, el corazón estalló y mi amigo se fue al infierno de forma legal.

—Después de todo, no le quedaba mucho tiempo de vida.

—¿Eso es lo que le dijiste a la enfermera?

—Ella lo sabía mejor que yo.

—¿Quién escogió a mi amigo?

—No diré una sola palabra más.

—Está bien, lo averiguaré por mi cuenta.

Hammon tomó la tapa de la cajuela e intentó cerrarla mientras Donaggio levantaba su cabeza para evitar que lo encerrasen de nuevo.

—¿Qué hace? ¡Aquí falta aire!

—Te va a hacer falta poco aire, Donaggio, porque cuando cierre la cajuela voy a quitarle el freno al coche y te vas a ir al fondo, entre las rocas. El portaequipajes será tu ataúd, si es que no se abre al reventarse contra las rocas. La altura está cercana a los doscientos pies.

—¡No será capaz, usted no es asesino frío!

—Eso lo comprobarás cuando estés en el infierno —le espetó, forzando la tapa. Estuvo a punto de dejarlo ya encerrado dentro de la cajuela, mientras Donaggio sudaba, impotente para no dejarse encerrar.

—¡Espere, espere!

Hammon soltó la tapa y Donaggio la levantó de nuevo, asomando su cabeza como un polluelo del huevo recién roto.

—¿Qué es lo que tienes que decirme?

—Fue Freddy.

—¿Quién es Freddy?

—Freddy *el Taciturno*. Lo prometo.

—¿Freddy *el Taciturno* es quien te acompañó a la clínica Pittman para recuperar el cadáver de mi amigo, cuando éste ya tenía los certificados oficiales de defunción?

—Sí, él mandaba por los dos.

—Y en el trayecto entre la clínica y la funeraria de Brooklyn, cambiasteis el cadáver, ¿no?

—Sí, teníamos ya la máscara preparada. Luego, le entregamos el cadáver cambiado al tipo de la funeraria, diciéndole que veníamos del

hospital.

—Un trueque complicado y arriesgado.

—Sí. Los jefes estaban empeñados en que jamás se encontrara huella alguna del tipo al que le habían metido tres balazos en la tripa. No querían que quedara ni su piel, mientras que a su amigo John Aldrin bastaba con desnudarlo y quemarle la cara y las yemas de los dedos para dejarlo irreconocible.

—Entiendo. Si faltaba un agente federal, cada cadáver que se hallara, el FBI lo investigaría hasta el último hueso o gota de sangre para identificarlo como a su agente desaparecido, mientras que si encontraban el cadáver de mi amigo, no coincidiría con los más pequeños datos registrados de su agente desaparecido.

—Eso es. Yo no lo creo, pero Freddy dice que a los agentes especiales, por si acaso desaparecen, les sacan toda clase de datos para poderlos identificar posteriormente: Posibles huesos rotos, el largo del fémur, del húmero, el volumen del cráneo, la dentadura, así los pueden reconocer. Habría que pasarlos por una batidora para dejarlos irreconocibles y aún así, analizando la sangre, siempre se obtendrían algunos datos. Por eso quisieron que fuera incinerado con el nombre de otro.

—Pero si iban a incinerarlo, no era preciso ponerle la bomba dentro del cuerpo.

—Fue idea de Freddy *el Taciturno* y no una orden de los jefes. Freddy quiso asegurarse de que el cadáver desaparecería totalmente y le metió la bomba en las tripas. ¿Satisfecho ya?

—Algunos puntos han quedado aclarados, pero no todos.

—¡Por todos los demonios! ¿Qué es lo que más quiere saber?

—¿Tú fuiste el asesino de la enfermera en el club Edgar A. Poe?

—¡Yo no fui!

—¿También le cargas el crimen a tu compinche Freddy?

—Sí, y puedo probarlo.

—En ese caso, será más entretenido escucharte.

—Si quiere que siga hablando, debe sacarme de aquí.

—Te voy a dar una prueba de mi buena voluntad.

—¿Cuál?

—Ponte boca abajo, pero no muevas demasiado el coche porque puedes ir a parar al abismo. Fíjate cómo se balancea peligrosamente la cajuela...

En efecto, el portaequipajes quedaba en parte sobre el acantilado bajo el cual batían las olas. Donaggio lo advirtió y palideció intensamente.

Will se pegó al maletero y sacando un pequeño estilete, cortó las ligaduras de Donaggio, aunque no lo dejó salir.

—Bien, ya estás libre, ahora habla.

—Yo fui quien quitó la luz al club. Conozco bien a su propietaria y Freddy *el Taciturno*

fue quien disparó sobre la enfermera.

—Me has hablado de una prueba.

—El revólver con silenciador era el suyo pero, además, usted le arrojó whisky a la cara.

—Es cierto, pero no estaba seguro de haberle dado.

—Pues tiene los ojos enrojecidos y un corte en la ceja por el vaso. Le alcanzó bien, por eso salió corriendo. Fue a buscarme y entonces se encargó él de quitar la luz. Yo entré en la sala y le golpeé en la nuca al producirse el segundo apagón. Gracias a la bronca que se armó, pudimos sacarlos de allí dentro. La verdad es que dos de los matones del club, por orden de la dueña, nos ayudaron en este trabajo. Ella no quería que la policía encontrara muertos dentro de su local. Se molestó mucho conmigo, pero todo se arregló.

—Tú y tu amigo me empujasteis hacia el muelle con vuestro coche, ¿no es eso?

—Era una buena forma para hacerlo desaparecer.

—Lo mismo que ahora puedo hacer yo contigo.

Sentado dentro del maletero, Donaggio no las tenía todas consigo, pero, sin que Will se apercibiera, las manos del hampón tanteaban el interior del capó, en busca de algo contundente.

—Si se pregunta por qué queríamos deshacernos de usted, es por haberse metido en problemas que no le van. Al que asoma demasiado las narices, terminan aplastándoselas.

—¿Eso es lo que piensa el general Kowert?

—¿El general Kowert? —Donaggio frunció el ceño y miró por encima del maletero; su posición seguía siendo sumamente peligrosa.

—Sí, no soy tan imbécil. El general Kowert quiere deshacerse de mí; está planeando un asunto bastante gordo y no desea problemas.

—Yo no sé nada del general.

—Vamos, vamos, el general Kowert es el pagano y tú y tu amigo Freddy sois los sicarios.

—Era Freddy quien se entendía con el capitán Tracy.

—Con el capitán Tracy, ¿eh?

—Sí, es él quien paga.

—Vamos, Donaggio, no te hagas el tonto. ¿Dónde tiene el general Kowert su campamento secreto?

—No lo sé.

—De acuerdo, vas a irte con los peces.

Al ver que Will Hammon introducía la mano por la ventanilla

delantera del coche para quitar el freno de mano, Donaggio se puso nervioso.

—¡Espere! El general va a su campamento, utilizando un helicóptero muy rápido que lleva la matrícula UL-99.

—Eso está bien, ya nos entendemos.

No pudo decir más. Donaggio había encontrado una llave inglesa, que arrojó sobre la cabeza de Will, quien acusó la dureza del golpe, cayendo al suelo.

Donaggio lanzó una risotada de satisfacción, al verse libre de su enemigo y se dispuso a abandonar el maletero. Quiso saltar por el lado, agarrándose al propio coche, ya que parte del portaequipajes sobresalía en el acantilado.

Pero Donaggio pesaba mucho, y una de las ruedas del coche se movió sobre un fallo del terreno. El «Mercury» se inclinó hacia atrás.

Donaggio se vio perdido. Gritó, quiso agarrarse primero y saltar después, pero con su peso y sus movimientos había desequilibrado el automóvil, que se inclinó definitivamente hacia atrás.

Con Donaggio agarrado a él, se hundió en el abismo hasta estrellarse contra las mortíferas rocas donde el coche se partió en dos.

Un cuerpo, materialmente aplastado, desapareció bajo las aguas. Era el cuerpo del sicario italo-norteamericano llamado Donaggio.

Capítulo XII

WILL Hammon, con un intenso dolor en el costado derecho de la frente, se levantó trabajosamente. Miró la llave inglesa que se hallaba en tierra, una herramienta considerablemente gruesa y que, de acertarle de lleno en la cabeza y no de costado, le habría fracturado el cráneo.

El golpe le había producido un cardenal pero no le había hecho corte en la piel.

Tambaleándose ligeramente, se acercó al borde del acantilado, allí donde, por balanceo y debido al peso del propio Donaggio, el «Mercury» se había desequilibrado, cayendo accidentalmente sobre las rocas.

Pudo ver cómo las olas pasaban espumosas por encima de los restos del automóvil. Cuando las aguas se retiraban para volver a ondular sobre las rocas, dejaban al descubierto una mano blanca y crispada.

—No hay nada que hacer.

Regresó a la carretera y allí hizo *auto-stop* para regresar a la ciudad. Una chica que usaba grandes y redondas gafas oscuras le recogió.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Un accidente, mi coche se ha ido al agua.

—Hum... ¿Ya ha dado parte a la patrulla?

—No.

—Ah, ya, prefiere perder el coche a que le quiten el carnet de conducir. —La fémina olfateó el aire y luego opinó—: No parece haber bebido.

La chica, al volverse para mirar inquisitivamente al hombre, se descuidó un tanto en la conducción, y estuvieron a punto de estrellarse contra otro automóvil que circulaba en sentido contrario y que tocó el claxon con largueza.

Al fin, tras maniobrar arriesgadamente, la chica logró dominar el vehículo, precisamente cuando entraban en la zona urbana de Richmond. Un semáforo les detuvo y ella, suspirando, dijo:

—Es divertido, ¿verdad?

—Muy divertido. —Hammon abrió la portezuela y agregó—: Chao, encanto. A la suerte no hay que tentarla varias veces y hoy, por lo visto, corro peligro de que me rompan el cráneo; no es mi día.

—Eh, no te marches, te llevaré adonde quieras.

Pero ya el hombre se había alejado entre los coches cuando la luz

cambiaba del rojo al verde, y varios automovilistas, impacientes, hacían sonar sus bocinas.

Buscó una cabina de teléfonos y tras introducir un níquel, hizo su llamada.

—¿Diga? —respondió una voz bien conocida.

—Los pájaros enjaulados cantan mejor y más seguros.

—¿Es usted, Hammon?

—Por ahora, todavía no soy el difunto Hammon.

—¿Qué le ha pasado?

—Anote los datos que voy a darle y encontrará un «Mercury» sedán al fondo de un acantilado, medio cubierto por las aguas. Dentro hay un tipo llamado Donaggio, uno de los sicarios de Kowert.

—¡Por todos los diablos, Hammon! ¿Es que vamos a tener que crear un cuerpo de rescatadores submarinistas, sólo para sacar a flote los cadáveres que usted va dejando aquí y allá?

—Hagan lo que quieran, pero, si deja de gruñir, podrá escuchar lo que voy a decirle respecto a un helicóptero con matrícula UL-99.

Will Hammon estuvo hablando unos minutos con el inspector federal. Después, abandonó la cabina y cogiendo un taxi, se dirigió hacia su apartamento. Deseaba cambiarse de ropa y ver cómo estaba Liza.

Al abrir la puerta de su apartamento, descubrió que todo él estaba revuelto y exclamó más que preguntó:

—Liza, ¿qué has hecho?

—La bella jovencita no ha hecho nada, señor Hammon.

Al volver la cabeza a la derecha, descubrió a dos hombres, ambos vestidos de paisano. Uno de ellos era el capitán Tracy y el otro, un sujeto delgado, al que no había visto antes. Llevaba gafas oscuras como Donaggio, y Will supuso que, detrás de los cristales sus ojos estarían enrojecidos. No podía ser otro que Freddy *el Taciturno*.

Freddy estaba armado con una pistola de grueso calibre, provista de silenciador, que no hubiera inquietado tanto a Hammon en el caso de apuntarle a él y no a la cabeza de Liza, que se hallaba sentada en una silla, atada de pies y manos y con un grueso esparadrapo tapándole la boca para impedirle gritar.

—Vaya, parece que tengo visitas —rezongó.

—Póngase con las manos pegadas a la pared y por encima de la cabeza —ordenó el capitán Tracy.

—¿Van a registrarme, capitán?

—A menos que mi amigo reciba la orden de hacerle un agujerito en la cabeza.

—Lo cual haría con mucho placer —replicó el propio Freddy, con sarcasmo—. La verdad es que la chica se ha resistido bastante, es muy violenta.

—Si la tocan, seguirán el mismo camino que Donaggio.

—No se haga el caballero andante, Hammon —se burló Freddy *el Taciturno*—. Le hemos tapado las orejas a la chica para que no oiga lo que hablamos y no va a poder valorar su heroísmo.

Se rió mientras alzaba una parte del cabello de Liza, mostrando su oído, taponado con el algodón y esparadrapo.

Liza sacudió su cabeza, apartando de ella la mano de Freddy.

Will la miró fijamente a los ojos y vio preocupación, pero no terror en ellos. Deseó decirle que si había buscado emociones las estaba hallando en cantidad masiva, pero tampoco iba a poder oírle, y optó por obedecer, pegando las palmas de sus manos en la pared.

El capitán Tracy le cacheó. Luego, dijo:

—No lleva armas. ¿Cómo ha podido con Donaggio?

—¿Qué ha hecho con mi compañero? —preguntó Freddy *el Taciturno*.

—El solo se ha metido de cabeza al océano.

—¿Al océano? Querrá decir al Hudson o al East River —corrigió el propio capitán Tracy.

—No, ha sido al océano, pero no lo esperen: Está muerto.

Al decir aquello, el capitán Tracy le golpeó los costados por la espalda. Su intención era dañarle, pero que no perdiera el sentido. Tracy, de los «Boinas Verdes», conocía muy bien toda clase de luchas efectivas para lastimar a su víctima.

—Pediré el honor de enviarlo al infierno.

—No tan aprisa.

—Hammon, ¿dónde está la cinta?

—¿Qué cinta?

Por aquella respuesta, Hammon recibió una patada entre los riñones.

Liza quiso gritar, más el esparadrapo que le cubría la boca por completo se lo impidió. Mientras, la pistola con silenciador seguía apuntando a su bonita cabeza.

El capitán Tracy, impaciente, expuso:

—Tenemos poco tiempo. Quiero la cinta que grabó a través del microemisor en su entrevista con el general Kowert.

—Yo no grabé ninguna cinta.

—Eso no nos lo vamos a tragar. Pretende desprestigiar al general, pero no lo conseguirá.

Tracy quiso repetir el patadón, pero esta vez, Hammon le cazó el pie en el aire; se lo retorció y le hizo caer ruidosamente.

Freddy, que estaba vigilante, advirtió:

—Si no se está quieto, la mato a ella.

Will Hammon recordó a la enfermera asesinada en el *night-club* y no

puso en duda que aquel tipo era un sicario frío, capaz de matar a Liza sin el menor temblor de su mano.

—Está bien, ustedes ganan, pero no tengo ninguna cinta. De nada les ha servido registrar todo mi apartamento, dejándolo como si hubiera pasado un huracán.

El capitán Tracy sacó de su bolsillo una cápsula plástica, que portaba una aguja incorporada. Le quitó la funda y, sin dudarlo un instante y a través de la chaqueta, la hundió en el cuerpo de Will Hammon.

El reportero sintió como la picadura de un escorpión en su costado, un dolor hondo y paralizante. Después, casi inmediatamente, la vista comenzó a nublársele.

Se volvió. El capitán Tracy, que esperaba una violenta reacción, saltó hacia la derecha.

Will quedó frente a Liza y Freddy, que sonreía mientras apuntaba a la cabeza de la muchacha con su pistola con silenciador.

—¡No, no la matéis, a ella, no!

Capítulo XIII

AL escuchar el trino de pájaros, tuvo conciencia de que estaba vivo, de que acababa de despertar. Abrió los ojos y se vio en un bosque. Se hallaba dentro de un automóvil, desde el que podía contemplar la arboleda.

Quiso mover sus manos y comprobó que se hallaban esposadas.

Tres hombres caminaban fuera del coche; dos de ellos iban armados con metralletas portátiles.

El capitán Tracy, que era uno de aquellos sujetos, abrió la portezuela al descubrir que Will Hammon tenía los ojos abiertos.

—¿No se alegra de seguir en el mundo de los vivos?

—Sí, es un placer que estoy seguro no comparte usted. ¿Me equivoco, capitán?

—No, no se equivoca, pero no está en mi mano ejecutarle en estos momentos.

—¿Ejecutar? ¿Por qué no dicen asesinar? Es un término más exacto.

—Obedezco órdenes, sencillamente. No debo entrar en distingos.

—¿Sabe usted si es la ley quien se las dicta?

—Pronto no será la ley, sino todo el planeta.

Hammon recordó lo que le habían contado el inspector federal y el hombre de la MP acerca del general Kowert y de sus descabellados proyectos de una dictadura.

Se escuchó el sonido inconfundible de un helicóptero y, casi al mismo tiempo, oyó el ruido profundo y bronco de un camión de gran tonelaje.

El helicóptero apareció en el cielo, donde se estabilizó. El capitán Tracy, que se había apartado del coche, habló por un emisor-transmisor de pequeño alcance.

Después, por un camino de tierra, propio para caballerías, apareció un camión que ostentaba el rótulo de «Mudanzas para largas distancias».

El camión era un tráiler de cuatro ejes. Su enorme caja abrió una compuerta posterior, formando una especie de rampa.

Mientras, el helicóptero descendió al claro del bosque y se posó lentamente tras el camión. Detuvo sus motores y por la portezuela apareció el general Kowert, al que saludaron los hombres allí reunidos.

Hammon pudo observar con claridad el rostro de aquel fanático que

sólo creía en la fuerza y quería usarla para aplastar y someter al mundo entero.

Vio cómo juntaban rápidamente las palas del motor, mediante unos resortes, dejándolas unidas y hacia atrás, ocupando de esta forma el mínimo espacio posible.

Del interior del gran camión salió un cable, que enganchó el helicóptero. Tiró de él, haciéndolo subir por la rampa hasta introducirlo en la gran caja. Después, la puerta posterior se cerró, ocultándolo totalmente.

Los hombres del general se repartieron, pero Tracy y el propio general Kowert se dirigieron al coche en el que Will se hallaba esposado y penetraron en él.

—Hola, señor Hammon, volvemos a encontrarnos; pero parece que esta vez las circunstancias no son favorables para usted.

—¿Qué piensa hacer conmigo, general, asesinarme?

—Lo pregunta usted muy tranquilo. ¿Acaso no teme a la muerte?

Mientras hablaban, el camión, con el helicóptero en su interior, se puso en marcha. El automóvil en que se hallaban lo siguió a corta distancia.

—¿Nos dirigimos a su cuartel secreto, general?

—Parece que usted sabe mucho sobre mí, señor Hammon.

—En su apartamento no estaba la cinta, mi general —advirtió Tracy.

—En el campamento que el señor Hammon llama secreto, utilizaremos métodos más adecuados para que nos cuente todo lo que sabe —advirtió el general, con una gran seguridad en sí mismo.

—Será mejor que desista. Lo que se propone es una locura, que nunca podrá llevar a cabo. Los demás altos mandos del ejército, de la marina y del aire, jamás se le unirán para acometer la locura de transformar nuestra democracia en una dictadura que trata de aplastar al mundo, mediante la fuerza de las armas.

—Somos fuertes, señor Hammon y el mundo, aunque lo sabe, no nos hace mucho caso; un error que se transformará en dolor. En cuanto a los altos mandos, yo los convenceré, porque el que no esté conmigo estará contra mí y eso resultará altamente peligroso. Usted será uno de los primeros en darse cuenta, señor Hammon. Por cierto, ¿dónde guardó la cinta grabada en la entrevista que me hizo?

—No tengo ninguna cinta. Ya se lo he dicho al capitán Tracy.

—Bien, bien. En el campamento, con drogas, hablará, ya lo creo que hablará.

—Y después de hablar, cavarán una fosa en medio de la montaña para mí.

—Sí. Nadie va a encontrarle, de eso puede estar seguro, señor Hammon.

—Qué le vamos a hacer. Cada cual debe de cargar con su propia suerte.

—Me agrada usted, señor Hammon; se toma las cosas muy deportivamente.

—No soy inglés, pero sé tomarme las situaciones deportivamente; es más fácil sobrellevarlas así. Por cierto, ¿utiliza siempre el sistema de encerrar el helicóptero dentro del camión de mudanzas?

—Es un medio más de precaución —repuso, mientras dejaban atrás el bosque y se introducían en una carretera interestatal.

—¿Es por temor a que algún aparato de las fuerzas del aire siga a su helicóptero para saber dónde se ubica su cuartel secreto de fanáticos?

—Pues sí. Metido en el camión, no lo descubren los aviones de vigilancia y tampoco el radar que lo pierde por completo, ya que ahora somos unos vehículos normales y corrientes de los millones que ruedan por las carreteras interestatales de nuestra nación.

—Usted es un hombre que lo prevé todo, ¿eh, general?

—Así es, señor Hammon, por eso está aquí esposado.

—Creí que sólo deseaba mi muerte.

—Eso era lo que quería antes de la entrevista, es decir, cuando comenzó a ponerse pesado y metió las narices donde no debía; pero ahora me interesa que hable antes de hacerle desaparecer. —El general suspiró—. Todos los triunfos estarán pronto en mis manos, nadie podrá impedir que el ejército de Estados Unidos domine al mundo.

—La nación no le secundará, general, y usted lo sabe.

—El pueblo siempre sigue al vencedor, la historia está llena de ejemplos. Siguió a Julio César, a Napoleón, a Hitler y a muchos otros.

—Y todos fracasaron, al querer imponerse sobre el mundo.

—Diga mejor que nadie lo ha conseguido hasta ahora, pero llegará un día en que eso se logre y la primera nación que ha estado verdaderamente preparada para ello ha sido Estados Unidos. Jamás se ha poseído tan fabuloso armamento como el que tenemos nosotros en la actualidad.

—¿Va a desencadenar una guerra nuclear contra Rusia y China? Incluso Europa se uniría contra nosotros; todos los países se han agrupado contra Un enemigo común a lo largo de la historia, y se repetirá el hecho de una fuerza aliada.

—Lo tengo todo calculado, señor Hammon. La sorpresa será el factor dominante. Admito que habrá muertos, y algunas ciudades serán arrasadas, pero siempre hay que pagar un tributo para conseguir el poder y más en este caso, en que se dilucida el poder absoluto sobre el planeta.

—General, está usted loco. Es un esquizofrénico de cuidado y no entiendo cómo hay quien le sigue.

El general Kowert soltó una carcajada. Después, agregó:

—Si no fuera porque es imprescindible destruir esa cinta que usted esconde en alguna parte, lo haría matar ahora mismo; pero tendré paciencia.

El general no volvió a hablar. Se sumió en un mutismo y Hammon pensó que era preferible mantenerse callado él también.

Vio rótulos a lo largo de la carretera, pero, por lo visto, al general Kowert le importaba muy poco que él averiguara a qué lugar lo llevaban, pues no pensaba que lograra escapar de él.

Tras recorrer algo más de doscientas millas en dirección sudoeste, el pesado camión de falsas mudanzas se salió de la carretera y se introdujo por un camino particular, penetrando en una granja.

Los servidores de la misma se apresuraron a abrir de nuevo la compuerta posterior y el helicóptero fue sacado por la rampa. Desplegaron las aspas de su motor y quedó listo para el despegue.

—Ahora reanudaremos el viaje, señor Hammon. Esta vez, usted me acompañará en el helicóptero.

—Buena estratagema, general. Si alguien le seguía por el aire, habrá perdido su pista.

—No soy tan idiota como usted piensa, Hammon. Algunos conocen mis tendencias y me sé vigilado por la MP y el FBI. —Se echó a reír con sarcasmo—. Desconfían de su mejor general, del hombre que ha de llevarles a la gloria; es absurdo pero real. Claro que cuando obtenga el poder, tendré que cambiar muchos mandos.

—¿Y qué hará, general, colocar en los puestos de mando a los hombres que entrena en su cuartel secreto?

—Naturalmente. Quiero hombres fieles a mi causa, hombres que confíen en mí ciegamente y no hagan preguntas, sólo obedezcan.

—Pues parece que, por el momento, está consiguiendo un buen puñado de fanáticos. Hammon fue introducido en el rápido helicóptero. Luego, éste se elevó en el aire, llevándose consigo al capitán Tracy, al general y al propio Hammon, aparte del piloto.

La combinación aire-tierra parecía dar mucha seguridad al general, que estaba a punto de dar el más catastrófico golpe de estado que jamás hubiera conocido la historia de la Humanidad.

Will Hammon comprendió que sólo la muerte podría terminar con la locura de aquel famoso general, ansioso de guerra, victoria y dominio.

Capítulo XIV

EL helicóptero descendió con sus pasajeros dentro del campamento secreto.

Hammon fue sacado a empujones y conducido por un subterráneo hasta una celda, donde fue encerrado sin que le hubieran quitado las esposas.

Parecía que se hubieran olvidado de él cuando escuchó el ruido de una llave introduciéndose en el ojo de la cerradura.

Sabía que se hallaba dentro del avispero de fanáticos del general Kowert, mas no por ello se desesperó, entregándose a lo irremediable.

Se levantó con cuidado para no hacer ruido. La diferencia de luz estaba de su parte y al ver en el umbral de la puerta a un solo centinela armado de metralleta, no dudó en atacarle, golpeándole con las anillas de las esposas en la frente.

Aquello, en principio, aturdió al celador. Luego, le rodeó el cuello y la propia unión de las dos esposas oprimió la nuez de la garganta del guardián. Forcejeó con él hasta que perdió el sentido.

Antes de que nadie lo descubriera, arrastró el cuerpo del centinela al interior de la celda. Aquel sujeto tenía un manojo de llaves y buscó entre ellas hasta encontrar la que debía pertenecer al juego de esposas. Con apremio, se liberó de ellas.

Tomó la metralleta y abandonó la celda, cerrando tras sí, ya que el celador atacado no estaba muerto, sino sólo aturdido por unos síntomas de asfixia.

El pasillo estaba iluminado por una bombilla con protector de reja, y en él se abrían diversas celdas, ocupadas por varios hombres. Will no estaba seguro de poder fiarse de ellos, pues estar allí significaba ser fanático del general Kowert.

Avanzó por el corredor y salió de él por una escalera ascendente.

En aquel subterráneo no había vigilantes, en realidad aquello no era una prisión, sino los calabozos que normalmente tenía cualquier cuartel militar.

El sótano estaba lleno de galerías y Hammon, armado con la metralleta, pasó de una a otra, evitando tropezarse con los soldados.

Más no pudo impedir toparse con tino de ellos de frente. Le dio un culatazo en el mentón, de abajo a arriba, y el soldado se hundió en el

mundo de los sueños. Lo encerró en un cuarto de servicios y prosiguió.

«Tengo que atrapar al general Kowert», se dijo.

Sabía que la única forma de salir de allí con vida era atrapando al psicópata que ansiaba apoderarse del mundo.

Siguió ascendiendo por una escalera y la luz que vio por unas ventanas le hizo comprender que se hallaba fuera de los subterráneos.

De pronto, aparecieron dos personas, a las que reconoció en el acto.

—¡Liza!

Junto a la chica, que tenía el rostro grave, estaba Freddy *el Taciturno*. Este hizo ademán de desenfundar la gruesa pistola que llevaba en la sobaquera.

—Levanta las manos o te frió a balazos —le ordenó Hammon. El sicario, con una sonrisa de suficiencia y sarcasmo, obedeció.

—No saldrás con vida de aquí —le advirtió.

—Adentro.

Les obligó a entrar de nuevo en la habitación de la que acababan de salir, una estancia no muy grande, pero soleada. Desde su ventana pudo ver, en la explanada, el helicóptero del general, que ahora no se hallaba camuflado.

—Ese loco del general no tardará en caer.

—Will, ¿cómo te encuentras? —le preguntó Liza, con ansiedad.

—Bien, ¿y tú?

Con las manos en alto y mientras Will le quitaba la pistola, Freddy dijo, hiriente:

—Ella jamás se ha sentido mal. Fue una trampa perfecta la que te tendimos en el apartamento.

Intuyendo algo desagradable, Will miró a la joven. Esta bajó la mirada unos instantes y luego confesó:

—Kowert es mi padre.

—¿Cómo?

—Ya lo has oído, Hammon. El general Kowert es el papá de la bella y delicada Liza.

—No puedo creerlo, esto es una broma. El general es soltero.

—El general tuvo una aventura hace muchos años y de ella nació yo. Mamá era una artista europea y él no quiso estropear su floreciente carrera militar. No se casó con ella, ni siquiera me reconoció, pero sí me pagó un buen colegio, en el que en realidad me mantenía encerrada lejos de él.

—¿No se trata de una broma, Liza? —insistió Will.

—Quien me visitaba era mi madre, cada vez que venía a Estados Unidos; pero un año dejó de venir, había muerto. Pasaron los años y un día tuve acceso al despacho de la directora. Revolviendo el archivo,

descubrí quién era mi padre. Formé una falsa imagen de él y me escapé para ir en su busca.

—¿Te tropezaste conmigo entonces?

—No —aclaró el propio Freddy—. Ella te ha estado tomando el pelo.

—Sí, Will —asintió la muchacha—. Mi padre, en principio, se asustó al verme. Después, ante mi deseo de vivir aventuras, me propuso que me acercara a ti y les diera cuenta a ellos de todos tus pasos. En realidad, se habían enterado de que, desde la clínica Pittman, te habían avisado de la muerte de tu amigo.

Fuimos hasta tu apartamento y te seguimos. Donaggio conducía, fue cuando comenzó la farsa en mitad de la calle y yo pasé a tu auto.

—Y a partir de entonces, ¿cada paso que he dado se lo has contado a ellos?

—Will, te juro que yo me lo tomaba a broma. Desconocía realmente lo que se proponía el general. Ahora sé que es una locura.

—Una locura que puede costar la vida a docenas de millones de personas en todo el mundo. Pretende iniciar una guerra mundial, apoderarse de la Casa Blanca, mediante un golpe de estado, barrer el Congreso y establecer un gobierno militar que inicie la guerra con todo el mundo para someterlo. Es un nuevo loco de los que han habido a lo largo de la historia.

—Ahora lo sé, Will, pero antes lo ignoraba. Mi padre, al tenerte ya atrapado, me ha hecho conducir aquí porque dice que podría hablar, que sé demasiado y que es mejor que esté callada hasta que sea dueño de la Casa Blanca, del Congreso y del Pentágono.

—¿Cómo has venido?

—Por carretera. Al parecer, las mayores seguridades las toma consigo mismo, pues considera que es a él tan sólo a quien van a seguir los que sospechan sus intenciones e ignoran la ubicación de este cuartel general.

—Por eso no hay problemas. A estas horas ya estarán rodeando la zona meticulosamente las fuerzas de Tierra, y posiblemente, también las del Aire.

—Vamos, no te hagas ilusiones, aquí no llegará nadie —rezongó Freddy.

—Si han seguido las instrucciones que di a la MP y al FBI, en ese helicóptero que está ahí abajo habrán colocado un emisor de onda corta y señal permanente, que les habrá orientado en todo momento sobre la posición del aparato. Con ese emisor, de nada habrá servido el ardid de meterlo en un camión de mudanzas para despistar a los posibles seguidores aéreos.

Hammon volvió su cabeza hacia la ventana, mirando aquel helicóptero que se había convertido en el punto de señalización para

que el ejército fiel a la constitución pudiera rodear y someter aquel cuartel secreto de fanáticos.

Freddy, engañosamente lento, saltó sobre Liza y sacando una navaja del interior de la manga, apoyó la hoja de la misma en el cuello femenino, advirtiéndolo:

—Suelta la metralleta, Hammon, a menos que quieras que ella muera.

Will Hammon los apuntó a ambos con la metralleta, mirando los ojos de Liza, aquella chica de aire ingenuo, que le había estado engañando.

Ella le ofreció unos ojos serenos y tranquilos, que le hicieron olvidar su comedia.

—Dispara, Will, dispara. No te importe mi muerte, pero que mi padre no se salga con la suya. No dejes que provoque un cataclismo mundial.

Con serenidad, pero sin vacilación, Hammon apretó el gatillo de la metralleta, y por el cañón de la misma escapó una ráfaga de plomo, un vómito de fuego mortífero.

Liza pensó que aquél era su fin, pero cuando esperaba que todo su cuerpo se retorciera de dolor a causa de las balas, no sintió nada. Incluso la navaja se apartó de su cuello, resbalando por su hombro.

Un cuerpo se desplomó tras ella y, al volverse, vio el rostro de Freddy destrozado por un mínimo de siete balas.

—Era demasiado alto —gruñó Will.

Aquello era cierto: La cabeza del frío asesino había sobresalido limpiamente por encima de la de Liza, lo que le había costado la vida.

—¡Will, Will, perdóname!

Hammon no respondió. Se apresuró a cerrar la puerta, cuando comenzaba a sonar una sirena de alarma en toda la falsa granja.

Los hombres allí preparados fueron tomando posiciones y tres figuras corrieron hacia el helicóptero. Eran el piloto del mismo, el capitán Tracy y el general Kowert.

—¡General, deténgase, entréguese, es el fin! —le gritó, desde la ventana.

Kowert se detuvo junto a la portezuela. Le miró, apretó la quijada y desapareció en el interior del helicóptero.

En aquel momento, varios disparos convergieron en la ventana tras la cual se hallaban Will y Liza. También por el corredor se escucharon voces secas y otras airadas. Alguien disparó contra la puerta que Will acababa de cerrar.

—¡Al suelo! —pidió Will a Liza.

Esta se acurrucó cerca de él, mientras Hammon disparaba su metralleta contra la puerta y escuchaba gruñidos de dolor tras ella. La madera no había conseguido detener los agujonazos de plomo

candente.

El helicóptero se puso en marcha, tratando de escapar de un posible peligro. El general Kowert no quería correr ningún riesgo y el aparato comenzó a elevarse.

Will Hammon lo vio aparecer por encima del alféizar de la ventana y le disparó una ráfaga de ametralladora. Inmediatamente, estalló en el aire, cayendo a la explanada frente a la casa, envuelto en llamas.

—¡Atención, atención, deponed las armas! ¡Hay cinco compañías de tanques y una escuadrilla de helicópteros custodiando la zona, no podéis escapar, deponed las armas! — advirtió una voz poderosamente amplificada, a través de un megáfono gigante.

—¡Por todos los diablos, lo han conseguido! —exclamó Will—. Por un momento, creí que todo había fallado.

De inmediato, alrededor de la granja comenzaron a aparecer los tanques y una escuadrilla de helicópteros armados de cohetes sobrevoló el cuartel secreto. Con un ataque combinado, habían dominado la situación.

—Perdóname por lo de tu padre. Liza, pero no había otro remedio —pidió Will, mientras por delante de la ventana ascendía la humareda. Dentro del helicóptero, sólo quedaban unos restos carbonizados.

—No tengo nada que perdonarte, has hecho lo que debías. Él era mi padre, es cierto, pero jamás me reconoció, y no es eso lo que te disculpa a mis ojos, sino que estaba loco y hubiera sido el peor azote de la humanidad, de conseguir sus propósitos.

Se escucharon disparos de algunos que se negaban a entregar las armas, pero los tanques fueron avanzando, y los helicópteros descendieron, tomando posiciones frente a cada boca de salida de los subterráneos, mientras los hombres allí escondidos, tras la muerte de su jefe, iban saliendo, con las manos en la cabeza y desarmados.

Will arrojó la metralleta y estiró su brazo, rodeando la cintura femenina para atraerla hacia sí. Con voz ronca, musitó:

—No eres ninguna niña, sino toda una mujer.

Los labios masculinos se hundieron con fuerza en la boca de Liza. Algo terrorífico había terminado y algo delicioso comenzaba. Alguien abrió la puerta, vio la escena y volvió a cerrarla; no había que molestar.

F I N



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España